

La Academia
para Jóvenes

Novedad de la patria

Ramón López Velarde

Felipe
Garrido



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



La **Academia para Jóvenes** es una colección de libros de divulgación dirigida a los estudiantes del bachillerato, interesados en reforzar su formación en los campos de las ciencias experimentales y sociales, así como en las humanidades. La Academia Mexicana de la Lengua se siente profundamente orgullosa de participar en ella junto con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Secretaría General de la UNAM y del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Los títulos que la integran han sido preparados por miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, que de esta manera quieren contribuir a que los estudiantes puedan asomarse a la amplia diversidad de sus intereses juveniles.

Las obras publicadas buscan fomentar el placer de la lectura, contribuir a la formación integral de nuestros jóvenes, despertar en ellos algunas vocaciones y vincularlos con los proyectos de investigación de connotados especialistas.

Felipe Garrido

Academia Mexicana de la Lengua

La **Academia para Jóvenes**



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



La **Academia** para **Jóvenes**



Director de la Colección **La Academia para Jóvenes**

Benjamín Barajas

Editores

Héctor Baca

Omar Nieto

Cuidado de la edición

Keshava R. Quintanar Cano

Apoyo editorial

Mildred Meléndez

Mario Medrano

Diseño

Xanat Morales Gutiérrez

Novedad de la patria
Ramón López Velarde

Garrido, Felipe, 1942-

Novedad de la patria. Ramón López Velarde. -- México: UNAM, CCH, Academia Mexicana de la Lengua, 2022. 144 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes, 13).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-5805-6 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra Completa Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-99128-8-8 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Primera edición: marzo de 2022.

D.R. © UNAM 2022 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, CP 04510, Ciudad de México.

D.R. © 2022 Academia Mexicana de la Lengua, Donceles 66, Centro
Histórico, alcaldía Cuauhtémoc, CP 06010, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-5805-6 (Volumen UNAM).

Fotografía de portada: Katherine Volkovski en Unsplash.

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra Completa Academia Mexicana
de la Lengua).

ISBN: 978-607-99128-8-8 (Volumen Academia Mexicana
de la Lengua).

Ilustración de portada: Freepik

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la
autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Felipe Garrido

Novedad de la patria
Ramón López Velarde



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	11
INTRODUCCIÓN, Alejandro García	13
I. EL PARAÍSO RECOBRADO DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE	25
La suave patria	30
II	39
Novedad de la patria	40
Melodía criolla	44
La fealdad conquistadora	49
III	53
A un imposible	54
Tenías un rebozo de seda	56
Ser una casta pequeñez	57
Mi prima Águeda	58
Las santas mujeres	61

IV		63
	En el solar	64
	El retorno maléfico	67
v		71
	En la Plaza de Armas	71
	La bizarra capital de mi estado	74
	Poema de vejez y de amor	76
	Dichosa miseria	82
VI		85
	La dama en el campo	87
	Boca flexible, ávida...	91
	Día 13	92
	Tus dientes	94
	Hoy como nunca	96
VII		99
	Como las esferas...	100
	No me condenes	101
VIII		103
	Malos réprobos y peores bienaventurados	104
IX		111
	Dejad que la alabe	112
	Treinta y tres	114
	Hormigas	116

x	119
El viejo pozo	120
Nuestras vidas son péndulos	123
Obra maestra	124
La suave patria	129
NOTA BIBLIOGRÁFICA	137

Proemio

LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA tiene en México una historia noble y fructífera. Son épicas las cruzadas de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Juan José Arreola, Felipe Garrido, entre muchos otros, para incentivar la imaginación, la reflexión y el conocimiento que nos proveen los libros. Sin lectores, las páginas de los libros dejan de respirar, sin lectores pareciera inútil todo esfuerzo de escritura; en la interacción de este binomio arraiga la salud cultural de una nación. De ahí la importancia de **La Academia para Jóvenes**, una colección de ensayos preparada por eminentes miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y la Secretaría General de la UNAM —con el apoyo del doctor Leonardo Lomelí Vanegas—, cuyo propósito es contribuir a este profundo e intenso diálogo entre docentes y alumnos del bachillerato universitario.

Benjamín Barajas
Director de la Colección
La Academia para Jóvenes.

Introducción

DE EJEMPLAR QUERENCIA, NOTABLE tradición, de trazos literarios y calas interpretativas es el constante interés que Felipe Garrido ha mantenido ante la vida y obra de Ramón López Velarde, quien junto con otros cuatro virtuosos poetas (Neruda, Pellicer, Bécquer y Garcilaso) le enseñaron a decir lo que el corazón siente —aunque no es un secreto su especial predilección por Rulfo, Arreola, Yáñez y su confesado amor hacia Sor Juana Inés de la Cruz—; reflejo de este sostenido interés de Garrido hacia López Velarde son dos ensayos, cinco ediciones y tres conferencias que han abordado, desde diferentes aristas, el mosaico poético del escritor nacido en Jerez, Zacatecas, el 15 de junio de 1888, pero sobre todo, hay acerada reflexión en torno al deslumbramiento de su incisivo humor, la fina malicia, la ajedrezada ironía del jerezano en sus versos con historias de pasión que culminan con el

beso fugaz de los amantes al amanecer, con el aroma de la mujer impregnado entre los pliegues de la piel que devela “la debilidad de querer convertir lo efímero en permanente”. En una entrevista, Garrido indicaba lo siguiente:

—Paso ahora al caso de López Velarde y de Rulfo; los he leído mucho a los dos, y en ambos casos lo que me preocupaba a mí en los artículos que escribí y que están en *Tierra con memoria* era el sentido del humor, tanto en López Velarde como en Rulfo. Creo que los escritores de veras grandes, de alguna manera, siempre incluyen el humor, no porque lo estén buscando conscientemente, sino porque es una manifestación natural de una persona que se dedica a observar a los demás, que es lo que normalmente hace un escritor, y eso es lo que hace un poeta lírico como López Velarde. Forzosamente hay un momento en que se llega a tener un cierto sentido del humor si estamos hablando de un escritor verdaderamente grande. Porque, desde este punto de vista, el humor sería como la capacidad de lanzar una mirada compasiva sobre las flaquezas de cualquier persona, de cualquier ser humano. En el caso de López Velarde esto es muy conmovedor, porque López Velarde es un poeta enormemente pasional y con dos pasiones fundamentales: por un lado la pasión por la carne y, por otro lado, la pasión por lo espiritual dentro de la educación totalmente ortodoxa,

de católico. Entonces López Velarde continuamente está combatiendo y hay muchísimos ejemplos en su poesía para decir eso, la tendencia a lo espiritual y la tendencia a lo carnal. En esta situación, López Velarde es capaz de ver con esa mirada compasiva y cargada de humor, no las pasiones de los demás, sino sus propias pasiones. López Velarde continuamente se está riendo, está lanzando una mirada humorística sobre esas pasiones que él mismo siente y que son lo más importante que hay en su vida, porque toda la poesía de López Velarde está centrada en los movimientos de su corazón.¹

Y hoy, en las postrimerías del año 2021, se realiza la presente edición *Novedad de la patria. Ramón López Velarde*, título quince de la Colección la Academia para Jóvenes (la cual se publica desde septiembre de 2017), que se integra a la conmemoración del centenario del fallecimiento de López Velarde, uno de los poetas más representativos del siglo **xx**, de quien nuestro Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz, indicara: “la poesía mexicana contemporánea en un ejemplar ensayo: arranca de la experiencia de López Velarde. Su breve desarrollo corrobora que toda actividad poética se alimenta de la historia, quiero decir: del lenguaje,

¹ María Elena Saldaña. *Páramo de espejos. Personajes en la comarca lagunera*. México: Universidad Iberoamericana Laguna / Miguel Ángel Porrúa, 2001, pp. 111-138.

los instintos, los mitos y las imágenes de su tiempo”.²

La virtud de la presente edición es que, precisamente, está dirigida a un público joven que encontrará en cada una de sus 140 páginas y diez apartados, explicaciones, anécdotas, pasajes biográficos, anotaciones, referencias a su prosa (“de no existir los versos, bastarían las prosas para asegurarle a López Velarde un largo espacio de recuerdo, en algún sitio vecino al de Julio Torri”), sugerencias para la lectura placentera, la armónica comprensión del poema “La suave patria”, escrito el 24 de abril de 1921. Elementos que al lector permitirán alumbrar sus versos, acercarán al solsticio de la palabra escrita, de la lograda metáfora, del adjetivo exacto del Proemio, sus Dos Actos y el Intermedio a Cuauhtémoc que conforman a este magno, musical y rítmico poema. En palabras del mismo Garrido: “léelo en voz alta. Fíjate en la música y en la precisión de las palabras; en lo sorprendentes que son sus adjetivos. Y en lo sorprendente que es que sean no sólo sorprendentes, porque no son obra del capricho, sino exactos: definen con puntualidad lo que quiere decir”.

Al avanzar en la lectura hay luminosos descubrimientos de aspectos olvidados de la vida de López Velarde —uno de ellos es que reprobó literatura cuando cursaba la preparatoria en el Instituto de Ciencias, lo

² Octavio Paz. “Introducción a la historia de la poesía mexicana” en *Las peras del olmo*. México: UNAM, 1959, p. 9.

que a todos nos da posibilidad de redención para continuar en el camino de las letras—; Garrido de forma amable, invita al joven lector a continuar el sendero de los versos del jerezano, de los orígenes del poema y de su permanencia en la ronda de los tiempos:

Si quieres, si tienes ganas, antes de que sigamos puedes volver a leer ‘La suave patria’. Nadie entiende todo a la primera. Releer es indispensable para comprender. Fíjate en la fecha que aparece al final de la poesía, la última que López Velarde alcanzó a corregir. El poeta moriría menos de dos meses más tarde, el 19 de junio, cuatro días después de haber cumplido treinta y tres años. ‘La suave patria’ apareció en la revista *El Maestro*, en el número correspondiente al mes de la muerte del poeta. *El Maestro* es una revista de la Secretaría de Educación Pública, organismo que había sido creado ese mismo año. La Revolución había terminado y hacía falta reconstruir el país. El presidente, tú lo sabes, era Álvaro Obregón.

López Velarde mantuvo la empecinada costumbre de morir joven (33 años), al igual que Manuel Gutiérrez Nájera (a los 34), José Asunción Silva (31), Julio Herrera y Reissig (35), Julián del Casal (30), o el mismo caso del pintor Saturnino Herrán —amigo y compadre de López Velarde—, quien también falleció antes de cumplir 32, por mencionar unos cuantos

artistas modernistas y que Garrido explica con detenimiento al joven lector para situarlo en el Modernismo que abarcó, no sólo las letras, sino la música y la pintura.

En su ensayo “Voces/miradas paralelas. Los poetas modernistas y Saturnino Herrán”, Garrido situaba a López Velarde como parte esencial del Modernismo, movimiento literario que hacia 1880 surgió en Hispanoamérica: “es una manera de sentir, de pensar, de imaginar, que rebasa los límites de la literatura y se desborda en otras manifestaciones artísticas. Es una ética, una estética, una retórica, una erótica y una política. Una manera de apurar la vida y la muerte”; lo anterior reflejado en otros versos de López Velarde que aluden a las imágenes amorosas, como dice la primera estrofa de “Boca flexible, ávida...”:

Cumplo a mediodía
con el buen precepto de oír misa entera
los domingos; y a estas misas cenitales
concurres tú, agudo perfil; cabellera
tormentosa, nuca morena, ojos fijos;
boca flexible, ávida de lo concienzudo,
hecha para dar los besos prolijos
y articular la sílaba lenta
de un minucioso idilio, y también
para persuadir a un agonizante
a que diga amén.

De manera natural, las afinidades entre el más caro de aquellos modernistas, Ramón López Velarde y su mejor pintor, Saturnino Herrán —autor de diversas portadas, entre ellas, en 1916 *La sangre devota*—, guiaron a Garrido a escribir el libro titulado *Saturnino Herrán. Acompañado por textos de Ramón López Velarde*,³ donde proporciona un amplio estudio introductorio sobre la vida, obra de este pintor y de su visión nacionalista, rescate de los paisajes y tradiciones de un México, heredero de un pasado hispánico y un sedimento indígena, a caballo entre el fin de un siglo de viejas modalidades y el origen de una lucha revolucionaria y la construcción de un estado moderno.

Los poemas del nacido en Jerez acompasaron con ritmos a los bocetos de Herrán: obreros, rasgos apenas insinuados, pero que impactan al espectador, con las criollas de labios entrabiertos de inquietante insinuación. Ocasión habrá de que el joven lector se adentre a la plástica de tan destacado pintor, dejo como

³ Correspondencias más de espíritu que de tiempo: Ramón López Velarde fue dibujado por Herrán en las “Máscaras” de la *Revista Moderna*; y el poeta le dedicó al pintor un poema “El minuto cobarde”, escribió un ensayo sobre uno de sus cuadros “El cofrade San Miguel”, describió con sensualidad conmovedora su agonía “Las santas mujeres” y, al cumplirse un año de su muerte, en 1919, leyó en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria una “Oración fúnebre” que traza su semblanza..., *Saturnino Herrán. Acompañado por textos de Ramón López Velarde*. México: Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1988, p. 11.

invitación de este próximo recorrido por la obra del oriundo de Aguascalientes, las palabras de Garrido:

Aportó a su tiempo una nueva concepción de la iconografía y de la composición, un nuevo sentido de la obra de arte; en su obra culminan los temas que habían ocupado a la pintura mexicana desde, por lo menos, medio siglo atrás. su extraordinario dominio de la técnica se conserva como un ideal al que es dable aspirar. Nos legó una forma personal de mirar y de amar el México que conoció.⁴

Garrido concluye con sabias palabras la edición que hoy, la Dirección General del Colegio de Ciencias y Humanidades te ofrece, joven lector para que disfrutes la atenta lectura de “La suave patria”: “Es, también, momento propicio para recordar que no tenemos patria más entrañable que nuestra lengua; López Velarde, con su obra, la hizo más rica y más nuestra”.

Y queda a lo anterior, como irisado corolario, las mismas palabras de López Velarde: “en más de una ocasión he querido convencerme de que la actitud mejor de literato es la actitud de un conversador. La literatura conversable reposa en la sinceridad”.⁵

Alejandro García

⁴ *Idem*, p. 31.

⁵ Ramón López Velarde. *Obras*. México: FCE, 1986, p. 401.

Bibliohemerografía de Felipe Garrido sobre López Velarde

ENSAYOS

- “La pasión risible: Ramón López Velarde”, en *Dos Valles*. Vol. 1, núm. 4 (octubre-diciembre de 1988); *Minutos velardianos. Ensayos de homenaje en el centenario de Ramón López Velarde*. México: **UNAM, IIE**, 1988, pp. 98-106; *Tierra con memoria, y otros ensayos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1991. (Fundamentos); 2ª ed. **IPN / Sociedad General de Escritores Mexicanos / Producciones DINAMO**, 1997; pp. 35-43 y en la *Obra poética de Ramón López Velarde*; ed. José Luis Martínez. México: Conaculta / Archivos, 1998, pp. 678-689.
- “La fiera sin reposo. Alberto Gironella en la ruta de López Velarde” en *Tierra adentro*, núm. 88 (octubre-noviembre de 1997), pp. 21-24.

EDICIONES

- López Velarde para jóvenes. Prosa; pres. y selecc. de textos Felipe Garrido*. México: Asociación Nacional de Libreros / Instituto Nacional de Bellas Artes / Universidad Autónoma de Zacatecas, 1987; 2ª ed. México: Instituto Nacional de Bellas Artes / Universidad Autónoma de Zacatecas. 1988.
- López Velarde para jóvenes. Poesía*. México: Gobierno del estado de Zacatecas / Universidad Autónoma de Zacatecas / **INBA**, 1988.

Saturnino Herrán. *Acompañado por textos de Ramón López Velarde*; pres. y selecc. de textos de Felipe Garrido. México: Editorial de la Plástica Mexicana, 1988, 144 pp., 2a ed., 2004.

Novedad de la Patria y otras prosas; pres. y selecc. de textos Felipe Garrido. México: Asociación Nacional de Libreros, 1987.

Ramón López Velarde. *Novedad de la patria*; explicada por FG. México: Conaculta, 2009. (Summa Mexicana).

CONFERENCIAS

“Una lectura de Ramón López Velarde”. Instituto Zacatecano de Cultura, Centro de Investigaciones Históricas y Centro de Convenciones Casa Grande 1730, Zacatecas (21 de junio de 1996).

“‘La suave patria’ de Ramón López Velarde”. YMCA. ACJ de la ciudad de México, Distrito Federal (23 de septiembre de 1999).

Participación en el Círculo de lectura Ramón López Velarde “Las aureolas YMCA”, Segundo Aniversario, Distrito Federal (7 de diciembre de 1999).

Novedad de la patria

I. El paraíso recobrado de Ramón López Velarde

POR UN TIEMPO CREÍ que debía escribir este libro hablándote de usted, porque acabamos apenas de conocernos. Pero enseguida me dije que eso pondría entre nosotros una distancia inconveniente. En primer lugar porque apenas has posado los ojos en esta página, me siento ya en deuda contigo. Y después, porque vamos a hablar de cosas íntimas y es mejor tutearnos. Ramón López Velarde me ha acompañado toda la vida; es uno de los poetas que más quiero y me gustaría que, después de leer este libro, también tú lo quisieras y lo siguieras leyendo —aunque tal vez ya lo conoces, lo has leído y lo quieres; en ese caso, sobran estas explicaciones. Alguien, Eugenio del Hoyo quizás —en un tiempo cronista de Zacatecas, al tanto de estas minucias—, me dijo alguna vez que al poeta le gustaba el Lambrusco. Descorchemos, pues, una botella de este vino burbujeante y afrontemos nuestra aventura. Vamos en busca

de un paraíso perdido. Raro será quien no recuerde, no haya escuchado alguna vez, sin saber de quién son, frases como “la patria es impecable y diamantina”, “el relámpago verde de los loros”, “el santo olor de la panadería”... Todos sabemos que el “joven abuelo” es Cuauhtémoc. Todos hemos repetido “vives al día, de milagro, como la lotería”; “tus carnosos labios de rompopo”; “pupilas de abandono”... Todas estas son expresiones que nos pertenecen, que usamos en cualquier momento, cualquier día. No está de más recordar que son todas de Ramón López Velarde, y que se leen todas en un mismo poema, “La suave patria”.

Antes que yo, otros —Jorge Cuesta, por ejemplo— han dicho que la provincia, donde pasó infancia y adolescencia, fue un paraíso del que López Velarde se vio expulsado. Un paraíso perdido no sólo porque Ramón tuvo que crecer y salir a la vida, sino porque fue a vivir a otros lugares y terminó, como tantos otros, en México, la capital del país, flor de pecado donde “cada hora vuela, ojerosa y pintada, en carretela”, como en los tiempos del poeta lo hacían las prostitutas elegantes por las calles de San Francisco y Plateros —ahora Madero—. Trasladar a sus versos aquel paraíso, a veces poblado de demonios, fue para López Velarde tarea vitalicia. Fue una manera de recuperarlo que, al final de sus cortos días, culminó en “La suave patria”: una visión personal, una idea diferente de lo que la patria es. Comencemos, pues, con ese poema. Léelo con

cuidado, línea por línea, en voz alta. Si no entiendes todo en la primera lectura, no importa; déjate ganar por su música. Eso es ya comenzar a comprenderlo.

Resume su asunto, para que te sea más fácil seguirlo. Oye bien lo que dice en el Proemio:

Si antes siempre ha cantado de sus sentimientos, “del íntimo decoro”, esta vez el poeta se ocupará de un asunto heroico. Hablará de la patria. Lo hará con los versos que siempre ha usado, así como el correo chuan—los chuanes se rebelaron en Francia contra la Primera República, a fines del **xviii**— no llevaba el peso de los remos, inútil para el combate. Lo hará, de acuerdo con su idea de lo que es la patria, en sordina, apagadamente: la patria no es cuestión de batallas y proclamas políticas; la patria es el paisaje que nos rodea, el barrio donde vivimos, las calles por las que vamos a la escuela y al trabajo, las memorias de los mayores, las mujeres y los hombres que vemos por la calle, las fiestas, las devociones, los sentimientos, los duelos y los amores. La patria la llevamos por dentro.

Al comenzar el primer acto, el poeta la describe: superficie de maíz, minas tan ricas como el palacio del rey de la baraja, cielo hecho del vuelo de las aves, la bendición del campo y la amenaza de la industria. Contrasta el ajetreo de la capital con el sosiego de la provincia. Su territorio ha sido mutilado —por los Estados Unidos— pero, aun después de eso, la patria, con su mirada de mestiza, todavía es tan grande que

los trenes que van por ella parecen de juguete. El noviazgo entre adolescentes, los fuegos de artificio, el jarabe, el barro que suena a plata —porque así suena y porque la contiene cuando es alcancía—, las calles recién lavadas y olorosas a pan... la patria se resume como “alacena y pajarera”: un armario lleno de dulces y una jaula llena de pájaros. Irrumpe el temporal. Se desgaja el trueno, que lanza piropos a la mujer, sana a los locos, resucita a los muertos y deja caer los beneficios de Dios sobre las tierras de cultivo. Bajo el aguacero, los esqueletos crujen en parejas y el poeta es testigo de lo que fue, lo que está por venir, y el momento en que escribe, “con su vientre de coco”.

Una mirada vuelta al pasado, al momento de fundación: el Intermedio dedicado a Cuauhtémoc. Su suplicio está cantado en la lengua del conquistador y la base de cenizas de sus plantas es una señal de victoria. De todos los infortunios, ninguno mayor que “haberte desatado del pecho curvo de la emperatriz” —“Dios sabe que sin mujer no atino”, dice en otro lugar López Velarde.

Retorna el poeta, en el segundo acto, al recuento de la patria, no vista en el mito, sino tangible como una pieza de pan: vale por las virtudes de su mujerío, es una niña recatada, se regocija con el humilde estreno de un rebozo, vive de milagro y tiene estatura de dedal o de niño, como el Palacio Nacional —que en ese tiempo tenía sólo dos pisos—. Del hambre y de la guerra la

protege su primer santo, el de la higuera reverdecida. López Velarde quiere raptarla. Quiere reposar en sus entrañas, que no niegan un asilo al ave sepultada en una caja de cartón ni a esas otras aves “que hablan nuestro mismo idioma” —el país salía de diez años de lucha civil—. En los calores del estío, la patria lo consuela con “frescuras de tinaja”, y en el frío lo arropa con sus “labios de rompopo”, pero también con su “respiración azul de incienso” —siempre eso que el poeta llamó su dualidad funesta: la sensualidad de los labios y el rompopo junto con la espiritualidad del incienso—. La patria vive amenazada: quieren morir su ánima y su estilo. El poeta le da la clave para que sea dichosa: “sé siempre igual, fiel a tu espejo diario”; no dejes de ser lo que eres, no pierdas tu identidad. En “la carreta alegórica de paja” leo un final optimista, la promesa de una cosecha abundante.

Ahora viene el poema. Ya te lo dije, léelo en voz alta. Fíjate en la música y en la precisión de las palabras; en lo sorprendentes que son sus adjetivos. Y en lo sorprendente que es que sean no sólo sorprendentes, porque no son obra del capricho, sino exactos: definen con puntualidad lo que quiere decir. Llamar épica a la sordina, impecable y diamantina a la patria, equilibrista al colibrí; decir que los pechos de las cantadoras empitonan la camisa... Fíjate en los detalles: ¿no te encanta que el rebozo estrenado a las seis de la mañana lleve todavía las marcas de los dobles con que salió

de la tienda? Fíjate en sus imágenes. Cada estrofa es un cuadro. Debes verlas. Dice Benjamín Jarnés, el escritor español, que López Velarde “se complace en ‘hacer ver’ mucho más que en ‘hacer oír’, sus poemas” —pero no dejes de escucharlo.

La suave patria

Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy la voz a la mitad del foro,
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan,
porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:
la patria es impecable y diamantina.

Suave patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en deslíz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.

Sobre tu capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa

el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera,
suave patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,
que en tu lengua de amor prueben de ti
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el viático,
y al fin derrumba las madererías
de Dios sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco
y la hora actual con su vientre de coco,

y oigo en el brinco de tu ida y venida,
oh trueno, la ruleta de mi vida.

Intermedio: Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de responsos llena el victorial
zócalo de ceniza de tus plantas.

No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio:
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, el azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

Segundo acto

Suave patria: tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío;

tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

Suave patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti, mientras una mexicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país del aroma del estreno.

Como la sota moza, patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,
un higo San Felipe de Jesús.

Suave patria, vendedora de chía:
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta
en una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta
dentro de ti el cadáver hecho poma
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja
desde el vergel de tu peinado denso
frescura de rebozo y de tinaja,
y si tiritito, dejas que me arroje
en tu respiración azul de incienso
y en tus carnosos labios de rompopé.

Por tu balcón de palmas bendecidas
el Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, con el bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el Ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz; la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono

a la intemperie, cual una sonaja:
la carreta alegórica de paja.

24 de abril de 1921.

Si quieres, si tienes ganas, antes de que sigamos puedes volver a leer “La suave patria”. Nadie entiende todo a la primera. Releer es indispensable para comprender. Fíjate en la fecha que aparece al final de la poesía, la última que López Velarde alcanzó a corregir. El poeta moriría menos de dos meses más tarde, el 19 de junio, cuatro días después de haber cumplido treinta y tres años.

“La suave patria” apareció en la revista *El Maestro*, en el número correspondiente al mes de la muerte del poeta. *El Maestro* es una revista de la Secretaría de Educación Pública, organismo que había sido creado ese mismo año. La Revolución había terminado y hacía falta reconstruir el país. El presidente, tú lo sabes, era Álvaro Obregón.

Publicar *El Maestro* había sido idea del primer secretario de Educación, José Vasconcelos. Su propósito era ofrecer material de lectura a las familias; allí se escribía de todo: lecciones de natación, sobre hábitos de higiene, ensayos de historia y filosofía, cuentos y poemas... Nuestro actual sistema educativo no sabe muy bien qué hacer con la lectura; cree que sirve solamente para estudiar y que es un tema que corresponde a la clase de español. Vasconcelos y su generación

acertadamente veían en la lectura y la escritura no solamente el cimiento de todo el edificio educativo, sino del desarrollo, de la prosperidad de la nación.

“La suave patria” volverá a aparecer en este libro. No para llenar páginas, sino para que la leas nuevamente sin que tengas que regresar aquí. Tornaremos a ella cuando hayamos terminado nuestro recorrido porque “La suave patria” es ese paraíso que hemos salido a buscar. Si ya sabemos dónde se encuentra, ya hemos terminado, te dirás. Pero no es así. Sabemos dónde está ese paraíso, pero queremos conocerlo mejor. Saber de dónde viene, cómo se formó. Vamos a buscar sus raíces en la vida y en otras obras de Ramón López Velarde.

II

CUANDO VUELVAS A LEER “La suave patria” la entenderás de otro modo; haber pasado por los poemas y las prosas que siguen te hará apreciarla de una manera diferente.

Para comenzar, aquí está “Novedad de la patria”, una prosa que López Velarde escribió también en 1921 y que en muchos sentidos aclara su pensamiento: no busquemos la patria hacia afuera; busquémosla hacia dentro.

Conviene anticipar que los treinta años de paz de que se habla en este ensayo son los del gobierno de Porfirio Díaz. Los yanquis son los estadounidenses. Las cabañuelas consisten en observar el tiempo durante los primeros doce días de enero para saber cómo será en cada uno de los meses del año. López Velarde ve en “la boga de lo colonial” una reacción contra el afrancesamiento del Porfiriato y, por lo mismo, un

regreso a la nacionalidad; para él, lo mexicano es lo colonial, donde se mezclan lo indígena y lo español. El Centenario es el primero del comienzo de la revolución de Independencia, que se celebró en 1910. Un *calavera* es un libertino. El *camarlengo* era en Aragón el jefe de la cámara del rey; las camarlangas de la Virgen se hacían cargo de vestir su imagen. El Barón de la Castaña es el Barón de Munchausen, un personaje remoto en el tiempo, cuyas disparatadas aventuras son invención del alemán Rudolf Erich Raspe. López Velarde advierte las contradicciones y las terribles desigualdades de una patria que nos necesita para conservar su ánimo y su estilo frente a la “amenaza extranjera”. No es tiempo de poner las sillas sobre la mesa para retirarnos. ¿Será también Lambrusco lo que la patria sirve en las copas para que brindemos con ella?

Novedad de la patria

El descanso material del país, en treinta años de paz, coadyuvó a la idea de una patria pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado. Han sido precisos los años del sufrimiento para concebir una patria menos externa, más modesta y probablemente más preciosa.

El instante actual del mundo, con todo y lo descarnado de la lucha, parece ser un instante subjetivo. ¿Qué mucho, pues, que falten los poetas épicos hacia afuera?

Correlativamente, nuestro concepto de la patria es hoy hacia dentro. Las rectificaciones de la experiencia, contrayendo a la justa medida la fama de nuestras glorias sobre españoles, yanques y franceses, y la celebridad de nuestro republicanismo, nos han revelado una patria, no histórica ni política, sino íntima.

La hemos descubierto a través de sensaciones y reflexiones diarias, sin tregua, como la oración continua inventada por San Silvino. La miramos hecha para la vida de cada uno. Individual, sensual, resignada, llena de gestos, inmune a la afrenta, así la cubran de sal. Casi la confundimos con la tierra.

No es que la despojemos de su ropaje moral y costumbrista. La amamos típica, como las damas hechas polvo —si su polvo existe— que contaban el tiempo por cabañuelas.

Un gran artista o un gran pensador podrían dar la fórmula de esta nueva patria. Lo innominado de su ser no nos ha impedido cultivarla en versos, cuadros y música. La boga de lo colonial, hasta en los edificios de los señores comerciantes, indica el regreso a la nacionalidad.

De ella habíamos salido por inconsciencia, en viajes periféricos sin otro sentido, casi, que el del dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza.

Hijos pródigos de una patria que ni siquiera sabemos definir, empezamos a observarla. Castellana y morisca, rayada de azteca, una vez que raspamos de

su cuerpo las pinturas de olla de silicato, ofrece — digámoslo con una de esas locuciones pícaras de la vida airada— el café con leche de su piel.

Literatura —exclamará alguno de los que no comprenden la función real de las palabras, ni sospechan el sistema arterial del vocabulario. Pero poseemos, en verdad, una patria de naturaleza culminante y de espíritu intermedio, tripartito, en el cual se encierran todos los sabores.

El país se renueva ante los estragos y ante millones de pobladores que no tienen otros ejercicios que los de la animalidad. ¿Por virtud de qué fibras se operará esta adivinanza?

En las pruebas de canto, los jurados charlan, indiferentes a las gargantas vulgares. Hasta que una alumna los avasalla. Es el momento arcano de la dominación femenina por la voz. Así ha sonado, desde el Centenario, la voz de la nacionalidad.

Hay muchos desatentos. Gente sin amor, fastidiada, con prisa de retirar el mantel, de poner las sillas sobre la mesa, de irse.

Tampoco escasean los amantes, fieles en cada rompe y rasga, calaveras de las siete noches de la semana, prontos a aplaudir las contradicciones mismas, diseminadas por el territorio, que se resumen en la vasta contradicción de la capital.

En este tema, al igual que en todos, sólo por la corazonada nos aproximamos al acierto. ¿Cómo inter-

pretar, a sangre fría, nuestra urbanidad genuina, melosa, sirviendo de fondo a la violencia, y encima las germinaciones actuales, azarosas al modo de semillas de azotea?

Un futuro se agita en la placidez diocesana de nuestros hábitos. A veces creemos que va a morir el primor del mundo. Que la turbamulta famélica aniquilará los diamantes tradicionales, los balances del pensamiento, los finiquitos de la emoción.

¿Quedará prudencia a la nueva patria? Sus puertas cocheras guardan todavía los landós en que pasearon aquellas señoras, camarlangas de las Vírgenes, y las familias que oyen hablar de Lenin se alumbran con la palmatoria del Barón de la Castaña...

La alquimia del carácter mexicano no reconoce ningún aparato capaz de precisar sus componentes de gracejo y solemnidad, heroísmo y apatía, desenfado y pulcritud, virtudes y vicios, que tiemblan inermes ante la amenaza extranjera, como en los Santos Lugares de la niñez temblábamos al paso del perro del mal.

Bebiendo la atmósfera de su propio enigma, la nueva patria no cesa de solicitarnos con su voz ronca, pectoral. El descuido y la ira, los dos enemigos del amor, nada pueden ni intentan contra la pródiga. Únicamente quiere entusiasmo.

Admite de comensales a los sinceros, con un solo grado de sinceridad. En los modales con que llena nuestra copa, no varía tanto que parezca descastada, ni tan poco que fatigue; siempre estamos con ella en

los preliminares, a cualquier hora oficial o astronómica. No cometamos la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa.

Antes de que te cuente algo de la vida de López Velarde, voy a presentarte otro texto en que se ocupa de definir lo que somos, lo que constituye nuestra esencia o nuestra identidad, como prefieras decirlo. Manuel M. Ponce es uno de nuestros compositores más altos; un revolucionario de la música, como Azuela y López Velarde lo fueron de la literatura; como Herrán, Rivera y Orozco lo fueron de la pintura; todo ello en el México que se reconstruía después de la Revolución. Aunque aquí el poeta hable de un arte criollo, en su obra y en la de sus compañeros de generación este concepto fue evolucionando hasta desembocar en un arte mestizo. El Teatro Arbeu era el obligado para la sociedad porfiriana. Una nota curiosa es que en este texto López Velarde incluye las letras de diez o doce canciones populares. No podían faltar. La patria que el poeta nos propone también está hecha de las melodías que nos acompañan.

Melodía criolla

La llegada de Manuel M. Ponce me incita a retocar un tema que alguna vez he apuntado: el criollismo de nuestro arte.

No somos ni hispanos ni aborígenes, pese a los que se llaman tradicionalistas o progresistas. Aquello de: “en indio ser mi vanidad se funda” hállase tan desacreditado como la ingenuidad metafórica de los “cachorros de España”. En consecuencia, los vagidos populares del arte, y aun el arte formal, cuando se anima de una pretensión nacionalista, deben contener no lo cobrizo ni lo rubio, sino este café con leche que nos tiñe. Afortunadamente tal convicción se va extendiendo de día en día entre los que trabajan con mayor seriedad.

La música sabe que ése es su camino. Los más decorosos compositores que han laborado para la multitud han sorteado lo peninsular y lo indígena, para permanecer criollos. Así Rosas; así Abundio Martínez; así Villalpando que con su marcha ha trastornado a la mitad de los mexicanos; así Campodónico, con su “Club verde”; así Alberto M. Alvarado; así el rapsoda jalapeño Garrido, autor de “Cuando escuches este vals”; así cuantos han sido capaces de acertar con la vibración genuina.

La música y la letra de las canciones típicas nos olean la cabeza como un relente que viene de los prados de ayer, a beneficiarnos en la desazón ciudadana. No nos cerremos —neciamente orgullosos— a la melodía nativa. Hagámonos como niños, según la sacra sentencia; que el relente que nos busca (proceda de un punto del Atlántico o del Pacífico, o del riñón de los Andes, o de la Mesa Central) pueda persuadir-

nos con su ideología primaria y con la impericia de su susurro. Como aquella historieta: “Para conseguir amor de una molinera hermosa, fue al molino un pescador, y a su puerta suplicó, mas ella se burló de él, diciéndole: no te aflijas tú por mi amor; no puede ser que pretendas tú mi querer... Mas el tiempo transcurrió, y la molinera cruel, vieja y sola se quedó, sin belleza ni doncel. Al antiguo pescador quiso entonces conquistar, mas él repitió el cantar: No te aflijas tú por mi amor; no puede ser que pretendas tú mi querer ni mi amor”. Semejante trova, glosada con los rasgueos de una guitarra no muy enciclopédica, no deleitará a los asiduos del Arbeu; pero vale de receta contra la anemia y la hipocondría. Yo lo fío.

Sería ilícito prescindir aquí de una mención, siquiera, de los “gallos”. La licencia para un “gallo” consíguese previamente, a no ser que, por lo avanzado de la noche, la iniciativa urja; o que el presidente municipal o el jefe político vaya a figurar en la zambra. En este último caso, el desahogado funcionario (de autoridad divina o plebiscitaria, según cuadre a los principios del lector) firmará, sobre la marcha y sobre las piedras del arroyo, la licencia. Cada uno de los de la partida conducirá la lega orquesta al umbral de su pastora.

Y cuando los legos de la orquesta hayan cesado en su trapiés acústico, temblará la voz báquica del interesado: “Quiero llorar y lágrimas no tengo...” Nota importante: del zaguán que recibe tamaños honores

suele salir, intempestivo, algún patriarca o mancebo a quien no agrada cumplidamente que se arrulle el sueño de su familia. Y Orión y la Osa Mayor miran originarse, de la reyerta espinosa, cuestiones de derecho civil, penal y administrativo, y casos de conciencia para los teólogos de aquellas latitudes.

Mas ni el alzacuello ni el gorro frigio estorban que se siga cantando, por boca del gallo, de ganso o de tórtola. Predomina la tonada de infortunio. El sonorenses Silvestre Rodríguez compone “Suspiros y lágrimas”. Siempre “la vieja lágrima”. Los ejemplos abundan: “Te vas y en la mar te alejas, sobre los riscos de blanca espuma que dora el sol... Mañana, bajo otro cielo, bajo otro sol, verás perderse la tierra donde llorando me quedo yo”. “Sobre tus alas trémulas lleva mi pensamiento; dame a beber tus lágrimas, dame a aspirar tu aliento”. “Adiós, ángel de amor, mi bien, encanto de mi vida, se va tu trovador para jamás volver...”. “Vertiendo amargas y sentidas lágrimas paso las horas de mi vida aquí, porque no estoy en los terrenos áridos del triste valle donde yo nací”. “Yo vivo sollozando, porque el destino quiere que lejos de tu lado me vaya a consumir; y aunque se rompa el pecho y el corazón se muera, mandato del destino, se tiene que cumplir”. “Los que llorar sabemos, los seres sin ventura amamos del otoño la augusta soledad; así queda nuestra alma, después de la amargura, sin dicha y sin placeres, hundida en el pesar”.

No son éstas canciones de Ronsard. Ni requiérese harta ciencia para declararlo. En cambio, se necesita un corazón vigilante para no olvidar que esa lánguida atmósfera nos nutrió y que ese pesimismo acompañado mecía, en la heredad, los festones de la hiedra.

Ca. 1917—*Armas y Letras*, Monterrey, 31 de octubre de 1948

Todavía, antes de pasar al recuento de los días y las noches del poeta, me detengo en la “amenaza extranjera”. La prosa que sigue muestra a López Velarde escandalizado por la filtración de la cultura yanqui. En su concepto, los estadounidenses eran... sencillamente feos. Wilson es el presidente de los Estados Unidos; la niña Worth, la actriz de *Pureza*, cuyos “sitios culminantes” no le parecen muy notables, y Maciste —hijo de Atamante, rey de Tebas—, una especie de Hércules que nació para el cine en 1914, en *Cabiria*, de Giovanni Pastrone, interpretado por Bartolomeo Pagano. El diablo del jamón es el que aparece en las latas de jamón del diablo. Una sufragista es una de las feministas que entonces se esforzaban por conseguir que la mujer tuviera derecho a votar. El poeta escribe “un país de evangelio y tocinería” para exponer la doble moral de los yanquis, y enseguida concibe a la patria no ya como un mapa ni como una sucesión de hazañas bélicas, sino como una cesta colmada de frutos recogidos de nuestra tierra: sus rasgos dominantes se hallan en peligro de extinción. Temístocles es el general ateniense

que derrotó a los persas en el golfo de Salamina. (El cine tuvo en López Velarde un adicto).

La fealdad conquistadora

Cada día la piscina de azulejos de nuestros patios entúrbiase más con la filtración yanqui. El monroísmo, el masonismo, el separatismo y el protestantismo, en su paciencia conquistadora, cuentan, desde las últimas fechas, con un aliado: la fealdad étnica. Si algo étnico hay en los ciudadanos de la risa equina de mister Wilson, es la fealdad. He conocido (algunos) que constituyen raza en que pugnan medularmente con la gracia y con las gracias. Tócome, una de estas tardes, la escasa fortuna de ver *Pureza*, la película traída de Nueva York y que, probablemente, ha desarrollado sus ineptitudes ante los ojos de todos mis lectores. Pienso que el autor del argumento de *Pureza* adolecía de meningitis al convertir a Eva en mecanógrafa y al devolver a la virtud paradisiaca a las princesas del petróleo y del jamón. Media en tales descomposiciones un Genio del Mal... inferior al succulento diablo del jamón. Y eso que aquel genio es, de toda la farándula, el único yanqui con sospecha de teatro, que podría ser admitido en las cátedras del Conservatorio. Por lo demás, debemos reconocer que los rubios limpiabotas, con pieles de tigre, disipan el tedio, y que el excéntrismo de Caín, soltando la quijada del asno para firmar un cheque, nos alivia de la feroz cronología.

En cuanto a los alardes de desnudez de la niña Worth, encarnación de la Castidad, no producirán otros males que el anticipado sabor de los chicuelos, el desprestigio de los tobillos de Maciste, y la bronquitis o el catarro de la ventilada sufragista.

Cuyos sitios culminantes, entre paréntesis, desagradan bastante. Y al asistir a sus trancos funestos y a su aciago trote, medí el abismo que aparta a las densas hermosuras cotizables, de la Venus prístina, revelada en el hexámetro virgiliano en tres vocablos intraducibles, que yo traduciría: “La diosa se manifestó por su marcha”.

Guarda la explotación de la desnudez una consonancia natural con un país de evangelio y de tocinería. Porque aprovecha la decisiva importancia atribuida a los fueros cristianos de la indumentaria y halaga la fibra porcina de las plebes. Sólo un temperamento verdaderamente arcádico, o un congénere del experto Duque de Aumal, son capaces de mirar las secretas evidencias femeninas con el señorío natural de quien trata de escultura humana por hábito propicio. Por supuesto, los moralistas de la película aparentan querer demostrar la inocencia de la anatomía, como si ignoráramos el propósito fenicio que los impulsa a marear a las multitudes, vilmente interesables.

Nos ayankamos a gran prisa, bajo la acción de lo feo. Las señoritas que tripulan, masculinamente, la bicicleta; las feministas que riñen y se acusan de estar en

connivencia con los hombres para retardar la emancipación de las Furias; los bailes tejanos... todo acusa que la patria pierde su ritmo esencial, su cuerda privativa.

La patria, concebida no ya como un mapa ni como una mitología vandálica, sino como la cesta de frutos efectivos que recogemos de la tierra adicta, se halla amenazada por la invasión de lo burocrático y de lo gris. Trenzas idílicas, cuyos moños negros adoró nuestra infancia; calles del interior; pomposas reliquias de virreynatos en la metrópoli; vides que nutren a las bacantes criollas; matiz de las costumbres; sellos del alma; gesto del territorio; pulso de las aguas... esto es lo que soporta un riesgo de exterminio. Veríamos, en cambio, un auge de pugilismo; de pugilato, mejor.

Ya he dicho, por ello, que la piscina de azulejos de nuestros patios se va enturbiando con filtraciones alienígenas. El gran criadero en que los almirantes que hunden cáscaras de nuez son honrados como novísimos Temístocles, sopla sobre la simiente de nuestra nacionalidad. ¿Hay quien quiera defender, con una defensa estética, la rosa que se prenden al pecho las mexicanas?

Revista de Revistas, México, 8 de enero de 1917.

III

AHORA SÍ, DÉJAME DECIRTE algo sobre la vida del poeta. Seguramente ya lo sabes: Ramón López Velarde nació en 1888. El 15 de junio, bajo el signo de Géminis —aunque él dijo luego que su signo era en realidad la conflictiva conjunción de dos constelaciones: el León y la Virgen; la lujuria y la castidad—. Ese año Darío inauguró el modernismo con la publicación de *Azul*, y don Porfirio fue reelecto por tercera ocasión.

Ramón pasó sus primeros años en la ciudad natal, Jerez, Zacatecas, que en ese tiempo no llegaba a los quince mil habitantes. Aprendió a leer y a escribir, a sumar, restar, dividir y multiplicar en la escuela “de las Cervantes”. Poco después de cumplir doce años, en 1900, su padre lo llevó a la capital del estado, para que estudiara en el seminario de esa ciudad, no porque quisiera hacerse sacerdote, sino porque en ese tiempo se estudiaba en los seminarios. Dos

años después pasó con su familia a Aguascalientes, e ingresó en su seminario. Después lo dejaría, para cursar la preparatoria en el Instituto de Ciencias. Uno de sus maestros en el Instituto, José María González, lo reprobó en literatura.

En ese tiempo, cuando tenía catorce o quince años, Ramón se enamoró profundamente de Josefa de los Ríos, jerezana también, ocho años mayor que él, y comenzó a escribir. En un arrebato de amor, empezó a explorar su “íntimo decoro”. Lo seguiría haciendo durante toda la vida. Podemos decir que el amor lo llevó a descubrir su idea de la patria. Seguramente escribió otros antes, pero su poema más antiguo que se conoce es este:

A un imposible

Me arrancaré, mujer, el imposible
amor de melancólica plegaria,
y aunque se quede el alma solitaria
huirá la fe de mi pasión risible.

Iré muy lejos de tu vista grata
y morirás sin mi cariño tierno,
como en las noches del helado invierno
se extingue la llorosa serenata.

Entonces, al caer desfallecido
con el fardo de todos mis pesares,
guardaré los marchitos azahares
entre los pliegues del nupcial vestido.

Como ves, se trata del poema de un adolescente balbuceante que en cada verso tropieza con algún lugar común: la plegaria es melancólica, el alma solitaria, la vista grata, el cariño tierno, el invierno helado, la serenata llorosa, los azahares marchitos... El cuarto verso, sin embargo, anuncia al futuro gran poeta: “huirá la fe de mi pasión risible”. Risible no es el adjetivo que uno espera después del sustantivo *pasión*. La capacidad de López Velarde para sorprendernos con sus adjetivos es excepcional.

López Velarde podía ser un poeta aún balbuceante, pero era emprendedor y estaba decidido a convertirse en escritor. En 1906, con tres amigos, Enrique Fernández Ledesma, Pedro de Alba y José Villalobos, publicó en Aguascalientes una revista literaria, *Bohemio*, y el año siguiente comenzó a colaborar con poemas, crónicas y artículos sobre política en *El Observador*, que dirigía Eduardo J. Correa.

Josefa era hermana de la esposa de su tío Salvador, en cuya casa, en Jerez, Ramón y su hermano Jesús pasaban las vacaciones. El amor por ella fue tan poderoso que lo acompañó aun después de la muerte de Fuensanta, como la llamó en algunos poemas. En otros, como los dos que siguen, no hacía falta nombrarla. Fíjate en la sencillez de los objetos, los personajes, los lugares: el adolescente anegado en los perfumes de la mujer envuelta en un rebozo; el hombre que quisiera ser el niño que deja la tina donde lo están

bañando para secarse al sol, en los brazos de esa mujer a la que dice amar hasta más allá de los campanarios. Una queja llora la inocencia perdida. En el primer poema hay un paréntesis significativo: López Velarde confiesa que en ese tiempo era un seminarista que no había leído a los grandes poetas, no sabía versificar y no había atendido a sus sentidos. Ya llegaría todo eso, con el tiempo.

Tenías un rebozo de seda

A Eduardo J. Correa

Tenías un rebozo en que lo blanco
iba sobre lo gris con gentileza
para hacer a los ojos que te amaban
un festejo de nieve en la maleza.

Del rebozo en la seda me anegaba
con fe, como en un golfo intenso y puro,
a oler abiertas rosas del presente
y herméticos botones del futuro.

(En abono de mi sinceridad
séame permitido un alegato:
entonces era yo seminarista
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato.)

¿Guardas, flor del terruño, aquel rebozo
de maleza y de nieve,
en cuya seda me adormí, aspirando
la quintaesencia de tu espalda leve?

Ser una casta pequeñez

A Alfonso Cravioto

Fuérame dado remontar el río
de los años, y en una reconquista
feliz de mi ignorancia, ser de nuevo
la frente limpia y bárbara del niño...

Volver a ser el arrebol, y el húmedo
pétalo, y la llorosa y pulcra infancia
que deja el baño por secarse al sol...

Entonces, con instinto maternal,
me subirías al regazo, para
interrogarme, Amor, si eras querida
hasta el agua inmanente de tu pozo
o hasta el penacho tornadizo y frágil
de tu naranjo en flor.

Yo, sintiéndome bien en la aromática
vecindad de tus hombros y en la limpia
fragancia de tus brazos,
te diría quererte más allá
de las torres gemelas.

Dejarías entonces en la bárbara
novedad de mi frente
el beso inaccesible
a mi experiencia licenciosa y fúnebre.

¿Por qué en la tarde inválida,
cuando los niños pasan por tu reja,
yo no soy una casta pequeñez

en tus manos adictas
y junto a la eficacia de tu boca?

Ca. 1915.

Un poema más, para que seas testigo de cómo López Velarde había intuido, casi en la infancia, la fascinación y el enigma de la mujer —los “calosfríos ignotos”—. El ambiente es el mismo de tantos otros poemas, la intimidad de una casa en la pequeña población. Fíjate que el corredor es sonoro; hay que verlo tachonado con jaulas de pájaros. Allí es donde, sin proponérselo, de una manera natural, como parte de la exploración de su propia intimidad, López Velarde encuentra las raíces de la patria; más tarde, como viste, la llamará *pajarera*.

Mi prima Águeda

A Jesús Villalpando

Mi madrina invitaba a mi prima Águeda
a que pasara el día con nosotros,
y mi prima llegaba
con un contradictorio
prestigio de almidón y de temible
luto ceremonioso.

Águeda aparecía, resonante
de almidón, y sus ojos
verdes y sus mejillas rubicundas

me protegían contra el pavoroso
luto...

Yo era rapaz
y conocía la o por lo redondo,
y Águeda, que tejía
mansa y perseverante en el sonoro
corredor, me causaba
calosfríos ignotos...

(Creo que hasta le debo la costumbre
heroicamente insana de hablar solo.)

A la hora de comer, en la penumbra
quieta del refectorio,
me iba embelesando un quebradizo
sonar intermitente de vajilla
y el timbre caricioso
de la voz de mi prima.

Águeda era
(luto, pupilas verdes y mejillas
rubicundas) un cesto policromo
de manzanas y uvas
en el ébano de un armario añoso.

Ca. 1916.

Pero nos hemos adelantado tal vez más de la
cuenta. Todos estos poemas corresponden a *La sangre
devota*, el primer libro de López Velarde, que se publicó
en 1916—, ¿no sientes en el título mismo, en la
oposición entre la devoción y la sangre, la dualidad

del poeta? —. En el Prólogo a la segunda edición de este libro, en 1917, López Velarde hizo explícito quién era Fuensanta: “Una sola novedad: en el primer poema, el nombre de la mujer que dictó casi todas sus páginas”: “A Josefa de los Ríos / 17 de marzo de 1880 / 7 de mayo de 1917”, se lee al lado del título de ese primer poema, “En el reinado de la primavera”.

En ese mismo año, López Velarde dirigió, con Enrique González Martínez y Efrén Rebolledo, un semanario noticioso y literario, *Pegaso*, del que aparecieron veinte números y en el cual publicó algunos poemas. La portada de la primera entrega es obra de Saturnino Herrán, el gran artista nativo de Aguascalientes, amigo cercanísimo de López Velarde, quien llevó a bautizar al único hijo del pintor. Herrán murió aún más joven que su compadre, cuando tenía treinta y un años. El poeta dejó constancia de esa muerte, aquí lo verás. Fíjate qué texto. Dice López Velarde que las mujeres flordelisaron el precipicio de la agonía, lo suavizaron haciéndolo como de lirios. Un eclipse patético, porque al morderle a Herrán la mano, las mujeres la ocultaban. La imagen de la Verónica, que enjugó con su velo el rostro de Cristo camino al Calvario aparece en más de una página de López Velarde, incluida esta. Lee este texto en voz alta; te sorprenderá la perfección del ritmo; las palabras se van sucediendo como fatalmente, como si cumplieran un designio, como si forzosamente tuvieran que ocupar el lugar que tienen. Por otra parte,

la patria de López Velarde también está hecha de esto, de la forma en que guardamos a nuestros muertos.

Las santas mujeres

En el indecible desastre de la pérdida de Saturnino Herrán, infortunio cuya sola enunciación es un dislate, las mujeres flordelisaron el precipicio con hazañas caritativas. Desde la ínclita esposa, que con su lánguida queja sin tregua estuvo comprometiendo las vanas enterezas masculinas, hasta la amiga menos próxima, volcaron santidad sobre el poderoso pintor.

Él ignoró que iba a perecer y que perecía. Cuando se le paralizó un brazo, le sobrevino la angustia de que no podría volver a dibujar, y, para sentirse, imploró a las Verónicas presentes que le mordieran la mano. Así fue ungida, en un eclipse patético, la mano que había perfeccionado las líneas terrestres y celestes. Cautivado el infantil moribundo por la sortija de una señora, se la pidió. La señora, menor que el catedrático de desnudo, prestó su joya con una musical actitud materna.

A una prima, tipo de bondad, rogó lacónicamente: “Abrázame, acaríciame”, y su ruego era obedecido, como en las catacumbas.

Una bella dama, constelada de virtudes, le preguntó: “¿Qué quieres?” Helado y pueril, respondió desde su agonía: “Que te acuestes conmigo”. Ella, sin un titubeo, se metió en la cama.

Agobiadas de flores, las diaconisas de la eterna clemencia nos acompañaron al sepelio. Difundían, en el agrio dolor viril, hálitos de azahar. Sus ojos, sedantes como los de Santa Lucía, parpadeaban entre los cipreses. Se agigantaron en el crepúsculo otoñal. Entonces, los hombres nos confesamos, de castidad a castidad, menos tristes y más pequeños, junto a la estatura de ellas, que levantaban sus brazos, ornamentales y píos, edificando la arcada alegórica del funeral.

El Universal Ilustrado, México, 8 de noviembre de 1918.

IV

VOLVAMOS ATRÁS PARA SEGUIRLE los pasos a Ramón. Once años antes de *Pegaso*, en 1906, cuando estudiaba en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, como ya vimos, había fundado *Bohemio*. Dos años después, en 1908, fue a estudiar leyes a San Luis Potosí. Sus lecturas en esta ciudad lo llevaron a descubrir a dos poetas que lo ayudaron a madurar, a encontrar su propia manera de expresarse: el argentino Leopoldo Lugones y el jalisciense Francisco González León. Allí mismo conoció a Madero, con quien trabajó amistad y a quien defendió como abogado cuando se le dio por cárcel aquella ciudad.

En estos años escribió crónicas, poemas y numerosos artículos políticos que aparecieron en publicaciones de Aguascalientes, San Luis Potosí, Guadalajara y México. Pasó algunas vacaciones en Jerez, viajó a México, conoció en San Luis Potosí a su segundo gran

amor, María Magdalena Nevares. En 1911, el Partido Católico Nacional lanzó su candidatura como diputado suplente por Jerez. El propietario era el doctor Francisco Hinojosa; no consiguieron ser electos.

Durante su campaña, después de siete años de ausencia regresó al terruño. Sus impresiones quedaron registradas en la prosa que ahora vas a leer —recogida muchos años después en un libro póstumo, *El minuterero*—. Dice el poeta que en sus andanzas nocturnas despertó “la suspicacia de un galán”; algún joven que echaba reja, que platicaba con la novia al través de una ventana. Para que no tengas que buscarlo en un diccionario, te diré que *nugatorio* es lo que burla la esperanza que se había concebido; los *parnásides* son los poetastros; el Escorpión es una constelación; Artajerjes fue un rey persa; enfaldo es esa especie de bolsa que se forma en las faldas cuando se recoge algo en ellas. Observa la elegancia y la ironía —el humor es otra de las virtudes del poeta— con que se refiere a los incidentes de un viaje en el que todo estaba en su contra, y, para terminar, a un accidente fisiológico, un vulgar eructo.

En el solar

Contra mi voluntad emprendí el temido regreso al terruño. Después de siete años volví a recorrer las leguas y leguas de alcaparras, hasta alcanzar el puente pegado a mi lugar, el puente sin arcos, el dramático

puente sin concluir a cuya vista se detienen los carruajes si la henchida cólera del río los excomulga. Trunco dolor del puente, cuya inutilidad apenas sirve a las golondrinas, estas amantes comisionadas que se esforzarán en acompañarme, volando al ras de la banqueta.

Se me destina, en la casona, la sala de la derecha. Fantasmas, fantasmas, fantasmas. A las diez de la noche, logro escaparme. En un cielo turquí, el relámpago flagela edredones de nube. La ciudad jerezana me tienta con un mixto halago de fósil y de miniatura. Divago por ella en un traspies ideal y no soy más que una bestia deshabitada que cruza por un pueblo ficticio. En el pavor de la guerra civil, los zorros llegaban a los atrios y a los jardines. Yo dejo de merodear, porque he despertado la suspicacia de un galán. Metido ya en el lecho, como en un sarcófago, el reloj del Santuario deja caer las doce. El trueno rueda y todo se vuelve nugatorio.

La diana con que me despiertan los pájaros me persuade de que han heredado el esmero poético, guardándose libres de las ideas módicas y del sonsonete zafio en que incurren los parnásides.

El viaje es electoral. En ello radica la inevitable contribución a lo chusco. Soy llamado decadentista y apático. Pago mi impuesto al sainete sublunar y me compenso con la alhaja del Escorpión, que ha estado fulgiendo en la desnudez azul como la inmarcesible animalidad del cielo.

He hecho un descubrimiento: ya no sé comer. De convite en convite, mimado por la urbanidad legendaria de aquí, he comprendido mi decadencia. Ni los genuinos manteles calados, ni el pan legitimista que se desborda por la mesa, retando al perfume de los rosales, ni siquiera la leche ártica, en vasos que no se abarcan con los dedos de Artajerjes, han podido mover mi apetito. Las señoritas escurren su sonrisa sobre el enfaldo, los niños también se festejan a mi costa. Yo comía al igual de ellas y de ellos. Ahora, en la honesta abundancia lugareña, la ponzoña de mis sentidos solicita, para responso del opíparo ayer, el magno, el ensordecedor, el loco gemido que sólo la madre de los árabes pudo prestar.

También en verso quedó constancia de este viaje al edén subvertido, al paraíso vuelto un infierno por “la mutilación de la metralla”. Los medallones en el zaguán retrataban a los abuelos, a los propietarios de la casa. El patio agorero, es decir, que predice los males futuros; lo volverás a ver adelante en “El viejo pozo”. En esa estrofa —léelos dos veces—, dos de los versos más célebres de López Velarde: “con un cubo de cuero / goteando su gota categórica”. Detente en otros dos adjetivos: los pies *advenedizos*, de recién llegado, y los picos *alfareros* de las golondrinas; imposible lograr mayor eficacia, ni mayor precisión.

El retorno maléfico

A D. Ignacio I. Gastélum

Mejor será no regresar al pueblo,
al edén subvertido que se calla
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,
los dignatarios de cúpula oronda,
han de rodar las quejas de la torre
acribillada en los vientos de fronda.

Y la fusilería grabó en la cal
de todas las paredes
de la aldea espectral,
negros y aciagos mapas,
porque en ellos leyese el hijo pródigo
al volver a su umbral
en un anochecer de maleficio,
a la luz de petróleo de una mecha
su esperanza deshecha.

Cuando la tosca llave enmohecida
tuerza la chirriante cerradura,
en la añeja clausura
del zaguán, los dos púdicos
medallones de yeso,
entornando los párpados narcóticos,
se mirarán y se dirán: “¿Qué es eso?”

Y yo entraré con pies advenedizos
hasta el patio agorero

en que hay un brocal ensimismado,
con un cubo de cuero
goteando su gota categórica
como un estribillo plañidero.

Si el sol inexorable, alegre y tónico,
hace hervir a las fuentes catecúmenas
en que bañábase mi sueño crónico;
si se afana la hormiga;
si en los techos resuena y se fatiga
de los bucheros de tórtola el reclamo
que entre las telarañas zumba y zumba,
mi sed de amar será como una argolla
empotrada en la losa de una tumba.

Las golondrinas nuevas, renovando
con sus noveles picos alfareros
los nidos tempraneros;
bajo el ópalo insigne
de los atardeceres monacales,
el lloro de recientes recentales
por la ubérrima ubre prohibida
de la vaca, rumiante y faraónica,
que al párvulo intimida;
campanario de timbre novedoso;
remozados altares;
el amor amoroso
de las parejas pares;
noviazgos de muchachas
frescas y humildes, como humildes coles,

y que la mano da por el postigo
a la luz de dramáticos faroles;
alguna señorita
que canta en algún piano
alguna vieja aria;
el gendarme que pita... ...
Y una íntima tristeza reaccionaria.

V

OTROS POEMAS SEGUÍAN CANTANDO el esplendor del terruño, las fiestas de pueblo y los oficios religiosos, la vida de todos los días en el más íntimo entramado de la patria, a la sombra del amor por Fuensanta. Pongo aquí tres de esas poesías.

La primera se inicia con un tema clásico, el del poeta que se pregunta dónde están las señas de su juventud perdida. Al igual que Villon, el poeta francés del siglo **xv**, en su balada de las nieves de antaño, esas señas son para López Velarde figuras femeninas; no las damas principales del francés, sino las humildes muchachas del pueblo.

En la Plaza de Armas

Plaza de Armas, plaza de musicales nidos,
frente a frente del rudo y enano soportal;
plaza en que se confunden un obstinado aroma

lírico y una cierta prosa municipal;
plaza frente a la cárcel lóbrega y frente al lúcido
hogar en que nacieron y murieron los míos;
he aquí que te interroga un discípulo, fiel
a tus fuentes cantantes y tus prados umbríos.

¿Qué se hizo, Plaza de Armas, el coro de chiquillas
que conmigo llegaban en la tarde de asueto
del sábado, a tu kiosko, y que eran actrices
de muñeca excesiva y de exiguo alfabeto?

¿Qué fue de aquellas dulces colegas que rieron
para mí, desde un marco de verdor y de rosas?
¿Qué de las camaradas de juegos impúberes?
¿Son vírgenes intactas o madres dolorosas?

Es verdad, sé el destino casto de aquella pobre
pálida, cuyo rostro, como una indulgencia
plenaria, miré ayer tras un vidrio lloroso;
me ha inundado en recuerdos pueriles la presencia
de Ana, que al tutearme decía el “tú” de antaño
como una obra maestra, y que hoy me habló con
ceremonia forzada; he visto a Catalina,
exangüe, al exhibir su maternal fortuna
cuando en cochecillo de blondas y de raso
lleva el fruto cruel y suave de su idilio
por los enarenados senderos...

Mas no sé
de todas las demás que viven en exilio.
Y por todas inquiero. He de saber de todas
las pequeñas torcaces que me dieron el gusto

de la voz de la mujer. ¡Torcaces que cantaban para mí, en la mañana de un día claro y justo!

Dime, plaza de nidos musicales, de las actrices que impacientes por salir a la escena del mundo, chuscamente fingían gozosos líos de noviazgos y negros episodios de pena.

Dime, Plaza de Armas, de las párvulas lindas y bobas, que vertieron con su mano inconsciente un perfume amistoso en el umbral del alma y una gota del filtro del amor en mi frente.

Mas la plaza está muda, y su silencio trágico se va agravando en mí con el mismo dolor del bisoño escolar que sale a vacaciones pensando en la benévola acogida de Abel, y halla muerto, en la sala, al hermano menor.

Ca. 1915.

En la segunda poesía, *bizarra* es valiente, generosa, espléndida. De niño vi esas cajitas de pasas de uva de las que habla López Velarde; tal vez todavía existen y es probable que también tú las hayas visto. Pedro el Ermitaño fue un clérigo francés de armas tomar, que predicó la primera cruzada, y los jacobinos fueron un partido político en tiempos de la Revolución francesa; aquí, decir jacobinos equivale a decir enemigos de la religión. Goza la hermosa descripción de la Bufa, el cerro que domina Zacatecas, como “un corcel que se encabrita”, y esa precisa imagen, ese “clamor concén-

trico / del bronce” que bien puede ser una definición física de lo que es una campanada.

En la tercera poesía aparece Fuensanta. Mira cómo los objetos de culto y los pasajes bíblicos sirven para cantar a la mujer amada, y cómo —cuando revisan lo que guarda el viejo ropero— esa manera de verla se extiende al pasado, al abuelo que venera a la mujer como una Torre de Marfil. La *prez lauretana* son las letanías de la Virgen. *Linfá lustral* es el agua con que se rociaba a las víctimas en los sacrificios paganos para purificarlas. *Venustidad* es hermosura perfecta; los *taumaturgos* son magos; *lucerna* es un candil; *núbil*, una mujer en edad de casarse; *nupcias incruentas* porque la unión no se consuma; *connubio* es matrimonio. No te extrañe el cuadro final, “una pareja fallecida en flor”: la aspiración a la muerte como el único medio para guardar perfecto un amor es una idea muy vieja, presente en numerosas historias.

La bizarra capital de mi estado

A Jesús B. González

He de encomiar en verso sincerista
la capital bizarra
de mi estado, que es un
cielo cruel y una tierra colorada.

Una frialdad unánime
en el ambiente, y unas recatadas

señoritas con rostro de manzana,
ilustraciones prófugas
de las cajas de pasas.

Católicos de Pedro el Ermitaño
y jacobinos de época terciaria.
(Y se odian los unos a los otros
con buena fe.)

Una típica montaña
que, fingiendo un corcel que se encabrita,
al dorso lleva una capilla, alzada
al Patrocinio de la Virgen.

Altas
y bajas del terreno, que son siempre
una broma pesada.

Y una Catedral, y una campana
mayor que cuando suena, simultánea
con el primer clarín del primer gallo,
en las avemarías, me da lástima
que no la escuche el Papa.

Porque la cristiandad entonces clama
cual si fuese su queja más urgida
la vibración metálica,
y al concurrir ese clamor concéntrico
del bronce, en el ánimo del ánimo,
se siente que las aguas
del bautismo nos corren por los huesos
y otra vez nos penetran y nos lavan.

Ca. 1915.

Poema de vejez y de amor

A Amando J. Alba

Mi vida, enferma de fastidio, gusta
de irse a guarecer año por año
a la casa vetusta
de los nobles abuelos
como a refugio en que en la paz divina
de las cosas de antaño
sólo se oye la voz de la madrina
que se repone del acceso de asma
para seguir hablando de sus muertos
y narrar, al amparo del crepúsculo,
la aparición del familiar fantasma.

A veces, en los ámbitos desiertos
de los viejos salones,
cuando dialogas con la voz anciana,
se oye también, sonora maravilla,
tu clara voz, como la campanilla
de las litúrgicas elevaciones.

Yo te digo en verdad, buena Fuensanta,
que tu voz es un verso que se canta
a la Virgen, las tardes en que mayo
inunda la parroquia con sus flores:
que tu mirada viva es como el rayo
que arranca el sol a la custodia rica
que dio para el altar mayor la esposa
de un católico Rey de las Españas;

que tu virtud amable me edifica,
y que eres a mis ósculos sabrosa,
no como de los reyes los manjares,
sino cual pan humilde que se amasa
en la nativa casa
y se dora en los hornos familiares.

¡Oh, Fuensanta!: mi espíritu ayudado
de tus manos amigas,
ha de exhumar las glorias del pasado:
en el ropero arcaico están las ligas
que en día nupcial fueron ofrenda
del abuelo amador
a la novia de rostro placentero,
y cada una tiene su leyenda:
“Tú fuiste, Amada, mi primer amor,
y serás el postrero.”

¡Oh, noble sangre, corazón pueril
de comienzos del siglo diecinueve,
para ti la mujer, por el decoro
de sus blancas virtudes,
era como una Torre de Marfil
en que después del madrigal sonoro
colgabas los románticos laúdes!

Yo obedezco, Fuensanta, al atavismo
de aquel alto querer, te llamo hermana,
y fiel a mi bautismo,
sólo te ruego en mi amoroso mal
con la prez lauretana.

Tu llanto es para mí linfa lustral
que por virtud divina se convierte
en perlas eclesiásticas, bien mío,
para hacerme un rosario contra el frío
y las hondas angustias de la muerte.

Los vistosos mantones de Manila
que adornaron a las antepasadas
y tienes en las manos delicadas,
me sugieren la época intranquila
de los días feriales
en que el pueblo se alegra con la Pascua,
hay cohetes sonoros,
tocan diana las músicas triunfales,
y la tarde de toros
y la mujer son una sola ascua.

También tú, con las flores policromas
que engalanan los clásicos mantones
de Manila, pudieras haber ido
a la conquista de los corazones.

Mas, ¡oh, Fuensanta!, al buen Jesús le pido
que te preserve con su amor profundo:
tus plantas no son hechas
para los bailes frívolos del mundo
sino para subir por el Calvario,
y exento de pagano sensualismo
el fulgor de tus ojos es el mismo
que el de las brasas en el incensario.

Y aunque el alma atónita se queda
con las venustidades tentadoras
a las que dan el fruto de su industria
los gusanos de seda,
quiere mejor santificar las horas
quedándose a dormir en la almohada
de tus brazos sedeños
para ver, en la noche ilusionada,
la escala de Jacob llena de ensueños.

Y las alegres ropas,
los antiguos espejos,
el cristal empañado de las copas
en que bebieron de los rancios vinos
los amantes de entonces, y los viejos
cascabeles que hoy suenan apagados
y se mueren de olvido en los baúles,
nos hablan de las noches de verbena,
de horizontes azules,
en que cobija a los enamorados
el sortilegio de la luna llena.

Fuensanta: ha de ser locura grata
la de bailar contigo a los compases
mágicos de una vieja serenata
en que el ritmo travieso de la orquesta,
embriagando los cuerpos danzadores,
se acuerda al ritmo de la sangre en fiesta.

Pero es mejor quererte
por tus tranquilos ojos taumaturgos,
por tu cristiana paz de mujer fuerte,
porque me llevas de la mano a Sion
cuya inmortal lucerna es el Cordero,
porque la noche de mi amor primero
la hiciste de perfume y transparencia
como la noche de la Anunciación,
por tus santos oficios de Verónica,
y porque regalaste la paciencia
del Evangelio, a mi tristeza crónica.

Los muebles están bien en la suprema
vetustez elegante del poema.

Las arcas se conservan olorosas
a las frutas guardadas;
el sofá tiene huellas de los muslos
salomónicos de las desposadas;
entre un adorno artificial de rosas
surgen, en un ambiente desteñido,
las piadosas pinturas polvorientas;
y el casto lecho que pudiera ser
para las almas núbiles un nido,
nos invita a las nupcias incruentas
y es el mismo, Fuensanta, en que se amaron
las parejas eróticas de ayer.

Dos fantasmas dolientes
en él seremos en tranquilo amor,
en connubio sin mácula yacentes;

una pareja fallecida en flor,
en la flor de los sueños y las vidas;
carne difunta, espíritus en vela
que oyen cómo canta
por mil años el ave de la Gloria;
dos sombras adormidas
en el tálamo estéril de una santa.

Envío

A ti, con quien comparto la locura
de un arte firme, diáfano y risueño;
a ti, poeta hermano que eres cura
de la noble parroquia del Ensueño;
va la canción de mi amoroso mal,
este poema de vetustas cosas
y viejas ilusiones milagrosas,
a pedirte la gracia bautismal.

Te lo dedico
porque eres para mí dos veces rico;
por tus ilustres órdenes sagradas
y porque de tu verso en la riqueza
la sal de la tristeza
y el azúcar del bien están loadas.

Ca. 1909.

La brevedad de la vida y la conjunción del amor
y la muerte ocuparon muchas veces a López Velarde.
Aquí tienes una prosa sobre estos temas, que repite

las obsesiones que le dictaron el poema anterior. Aquí se descubre la clave de aquella pasión risible de su primera poesía: nuestras pasiones son risibles porque pretenden ser inmortales, pero nosotros somos irremediabilmente mortales. Y, sin embargo, la finitud de nuestras pasiones es lo que las hace tan deseables. Raimundo Lulio fue un filósofo, poeta, místico, teólogo y misionero del siglo XIII, nacido en Mallorca. Julieta, la enamorada de Romeo; Virginia, la enamorada de Pablo; dos amores legendarios.

Dichosa miseria

Frecuentemente oímos repetirse el antiguo lamento por lo efímero de la felicidad, por lo percedero de todo lo que amamos: frágiles juguetes de la niñez, fama engañosa que nos seduce cuando ponemos el pie en la barca de la juventud, lindas mujeres que nos enloquecen a los veinticinco años, oro reluciente que nos fascina... Todo se va, es cierto, en una fuga melancólica: juguetes y fama, oro y belleza; pero quién sabe, señores míos, si nuestras quejas sean necias, ya que no podemos poseer un don de inmortalidad mientras vayamos soportando el peso de la carne bruta. Porque tal vez nuestro tormento consiste en querer proyectar sobre el infinito la luz de nuestras pobres dichas...

Nos engañamos a nosotros mismos. La sabiduría de Raimundo Lulio se sorprendió, como se hubiera sorprendido el más rústico de los mallorquíes, al des-

cubrir el cáncer que afeaba el pecho de la amada, que para librarse de la persecución tuvo que mostrar, bajo la bóveda del templo, su carne podrida. Y el desencanto y el tedio de Lulio fueron quizá más tardíos de lo que conviniese a un hombre de sus prendas intelectuales.

Si sabemos que se ha de disipar la esencia contenida en los vasos de gentileza que se adornan con flores en los quince abriles; que han de ajarse los rostros fragantes, como se aja un vestido después de una fiesta; que la madurez de nuestras amigas ha de fracasar en las postrimerías del otoño; que la muerte siega sin excepción los más graciosos tallos; que la mujer predilecta se ha de corromper y ha de apesatar el ataúd, ¿para qué sentirnos fulminados ante un espectáculo de miseria, cuando la miseria es presente, pasado y porvenir?

¡Dichosa miseria que nos permite, por la ley de los contrastes, saborear hasta la embriaguez un licor de ventura!

La miseria de los bienes terrenales nos salva del hastío. Imaginad la deplorable condición de un privilegiado a quien la fortuna concediese la totalidad de sus dádivas para siempre. No tardaría en asemejarse a los niños, hartos de una golosina con la que soñaron muchas noches y por la que derramaron lágrimas, cuantas veces la madre se las daba en cantidad prudente. Llorar por un dulce y llorar por una mujer o por la fortuna... ¡El mismo afán loco!

Pero aún hay más: lo efímero de las cosas placenteras refina nuestras sensaciones. Ya sea que los instintos crueles no lleguen a separarse de las profundidades del ser humano; ya sea que, como lo aseguran solemnes y minuciosos eruditos, el amor tiende a la destrucción del objeto amado; ya sea que hay desapariciones que encierran el poder de excitar las fibras sentimentales con una sugestión poética, lo que está bien observado por los psicólogos sutiles es que se goza con aniquilar lo que se adora.

Muchos románticos han gemido con sincera efusión al ver morir entre sus brazos a las idolatradas heroínas, pero junto con ese dolor habrán experimentado un gratisimo halago de sentir exhalarse el alma de las Julietas y las Virginias, como si éstas al morir les ofreciesen un presente de la más terrible emotividad. Así se goza al aspirar la última onda de perfume de una rosa agonizante. Así como estrujar las alas de una mariposa hasta que el polvillo se pierde entre los dedos.

¡Dichosa miseria humana que prende en los amantes el deseo de confundirse en la misma felicidad y... de morir a un tiempo! La Muerte y la Vida se dan la mano sobre el negro abismo.

Tristán *El Eco de San Luis*, San Luis Potosí, 22 de septiembre de 1913. [Tristán es el seudónimo con el que Ramón López Velarde firmó este texto]

VI

“EN EL PAVOR DE la guerra civil”, escribió López Velarde en “En el solar”, horrorizado por la barbarie de la Revolución. Convencido antirreeleccionista, el poeta entendió a Madero como el visionario que había logrado derrocar a Díaz y abrir caminos a la democracia. Después del asesinato de Madero, en 1913, deprimido, el poeta regresó a San Luis Potosí, donde siguió escribiendo, y en 1914, orillado por la violencia que se había desatado, se instaló definitivamente en México. Detestaba la barbarie, y nunca lo ocultó; no entendió a Zapata ni a Villa ni a Carranza. Tampoco renunció nunca a su devoción por Madero. En cualquier momento podía haber ratificado lo que, en 1911, cuando Madero gobernaba, escribió a su amigo Eduardo J. Correa, quien dirigió varios de los periódicos en que López Velarde colaboró:

Yo sí soy de abolengo maderista, de auténtica filiación maderista, y recibí el bautizo de mi vida política en marzo de 1910, del mismo hombre que acababa de libertar a México. Le diré en confianza, amigo Correa, que una de las satisfacciones más hondas de mi vida ha sido estrechar la mano y cultivar la amistad de Madero, y uno de mis altivos orgullos haber militado como el último soldado del hombre que hoy rige el país.

Me dice usted que le parece que la Revolución sólo ha servido para cambiar de amos. Medite tranquilamente cómo vivíamos antes, y se convencerá de que está equivocado, muy equivocado. No estaremos viviendo en una república de ángeles, pero estamos viviendo como hombres. Y ésta es la deuda que nunca le pagaremos a Madero.

López Velarde se recibió como abogado en 1911. El año siguiente fue juez en El Venado, en San Luis Potosí, y pasó unos meses en la ciudad de México, donde se estableció definitivamente, como ya te lo dije, en 1914. Instaló su despacho de abogado en el número 1 de la calle de Madero, desempeñó algunos trabajos burocráticos en las secretarías de Gobernación y de Relaciones, dio clases de literatura en la Preparatoria y en la Escuela de Altos Estudios (actualmente la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México), colaboró en *Revista de Revistas*, *El Universal Ilustrado*, *Vida Moderna*, *México Moderno...*

Sus prosas literarias querían ser meras crónicas, pero en realidad son textos poéticos. Como dice Enrique Fernández Ledesma, fue equilátero —la palabra le habría encantado— en su poética y en su prosa, que “asume la misma depuración heroica de su verso”.

Ya has leído algunas de sus prosas; aquí te presento otra. La insistencia en vestir de negro a esa mujer roza con el morboso escalofrío en que se tocan el erotismo y la muerte. El decoro del campo, es decir, el *adorno del campo*. Que *trascienda a harina, a tierra mojada y a Carta Pastoral...* significa que huele a harina, a tierra mojada, a Carta pastoral... Las tres potencias del alma son la memoria, el entendimiento y la voluntad. El mirto es una flor que simboliza la sensualidad. Ceres es la diosa romana de las cosechas y la fertilidad. Julio Torri, un año menor que López Velarde, es un autor extraordinario de cuentos, ensayos y poemas en prosa. De él tendré que hablarte algún otro día.

La dama en el campo

Ya entretengo estas horas con un sabroso capricho: el de trasladar al campo la mujer más sugestiva de la Capital. Si me fuese dado convertir a la dama en pastora, yo pondría en tal conversión el más delicioso proceder poético y mi más vigorosa humanidad. ¿Sonríe usted, señorita de nombre de flor? Que su sonrisa bañe este capricho.

Verdad es que ser la más sugestiva entre medio millón resulta fabuloso; pero tal fábula corresponde a

un estado simple y habitual de mi conciencia, y por ello, a riesgo de una segunda sonrisa de la dama a que aludo, paso a exponer cómo la presa de la ciudad se tornaría en el decoro del campo, por virtud de algunos singulares recursos que me dicta no sé qué genio cordial.

Usted, tan urbanizada, ¿cómo se vería vestida de negro, en el tablero amarillo de la cosecha? Yo nunca la he mirado vestida de negro, por más que lo he deseado. Imaginarla de luto en lo raso de una llanada, entre maíz o entre paja, bajo el resplandor metálico de la tarde, vale tanto como imaginar mi propia tristeza en medio de caricias sensuales. Usted, vestida de negro y sentada sobre la cosecha, me daría la emoción del luto de Flérida. O quizá me haría pensar en el de Elisa, la mansa pasión de Garcilaso.

En *La sangre devota* he llamado a la inspiradora de esta crónica “boca flexible, ávida de lo concienzudo”; figura cortante que se escapó de una redoma de alquimia o de una asamblea de vitrales oblongos; y, aún, la he reconocido como el armonioso peligro de mi filosofía petulante, de mi filosofía que pretende que la vida se le entregue en lugar de entregarse ella a la vida. A tal panegírico, de carácter civil, he querido agregar hoy mi elogio rústico, y deseo que éste trascienda a harina, a tierra mojada y a Carta Pastoral leída en el púlpito de la aldea.

¡Qué gallarda debe ser la dama galopando, en un corcel animoso, por lo plano del valle y la curva de

las laderas! Quizá se fatigue; pero, aun en su fatiga, ha de ir fascinante su pelo, descompuesto por el galope; quizá se asfixie, pero la asfixia agravará, con un carmín incipiente, la tentación de su palidez... Si el vértigo la postra, siempre habrá a la mano la raíz protuberante de un árbol para que repose, y encima de su desmayo caerán bien, en un descanso retardado, las flores de su nombre. Las tres potencias del alma y los cinco sentidos corporales esperarán, en silencio, que se recobre.

Ella, que no prescinde de su sombrilla, apenas pique el sol, ni de su paraguas sin latitud, apenas se esboce una nube, había de soportar los excesos del verano. Que se recalentasen sus arterias, en bochornosas giras por sembradíos y por vergeles... Que un colibrí confundiese con un mirto sus labios tónicos... Que un chubasco inopinado y descortés la empape con fruición, calándola hasta los huesos... Que, de regreso al pueblo, en un caserío ensimismado, un feliz entre los felices la besara al cuello, como se besaría la carne húmeda de Ceres...

No he querido insinuar, señorita, que mejorase a usted trasplantarla de la ciudad al campo. Todo vive convenientemente en su ser auténtico. Tampoco he querido, al hablar de “La dama en el campo”, zurcir un ensayo, pariente (de lejos siquiera) de los que debemos a la maestría de Julio Torri. Menos ha contado en mi intención un paralelo tácito entre las heroínas de la letrilla bucólica y las de la edad ciudadana. Sólo

he pretendido captar el matiz que ganaría la naturaleza si usted concurriese a mi paisaje de soledad, de vehemencia y de melodía. Ignoro si mi objetivo podría resistir la voluptuosidad de penetrarse de esta suma: el olor civilizado de usted más el indómito de la tierra. Y sospecho que cumplido el plazo en que tuviera usted que ser devuelta a la ciudad, la soberana indiferencia del campo se conmovería un poco...

Esa señorita con nombre de flor es Margarita Quijano, a quien López Velarde empezó a cortejar poco después de haberse instalado en México. Un capricho interesante, verla vestida de negro, como el día en que la conoció —según verás adelante, aunque aquí diga que nunca la ha visto así—, contra el amarillo de la cosecha. Una mujer enlutada en mitad del campo: otra posible imagen de la patria. Si Josefa de los Ríos es la protagonista de *La sangre devota*, Margarita lo es —junto con la presencia espectral de Fuensanta— de *Zozobra*, el segundo libro de López Velarde, que apareció en 1919, y “del enigma del amor más intenso y más indescifrable de toda la poesía mexicana”, dice José Emilio Pacheco. En las líneas que acabas de leer, el poeta cuenta que le dedicó un poema en *La sangre devota*. Es el que sigue. Fíjate cómo algunas imágenes presentes en la prosa fueron empleadas antes en el poema. El erotismo, la muerte y la religiosidad vuelven a trenzarse.

Boca flexible, ávida...

Cumplo a mediodía
con el buen precepto de oír misa entera
los domingos; y a estas misas cenitales
concurres tú, agudo perfil; cabellera
tormentosa, nuca morena, ojos fijos;
boca flexible, ávida de lo concienzudo,
hecha para dar los besos prolijos
y articular la sílaba lenta
de un minucioso idilio, y también
para persuadir a un agonizante
a que diga amén.

Figura cortante y esbelta, escapada
de una asamblea de oblongos vitrales
o de la redoma de un alquimista:
ignoras que en estas misas cenitales,
al ver, con zozobra,
tus ojos nublados en una secuencia
de Evangelio, estuve cerca de tu llanto
con una solícita condescendencia;
y tampoco sabes que eres un peligro
armonioso para mi filosofía
petulante... Como los dedos rosados
de un párvulo para la torre baldía
de naipes o dados.

Ca. 1916.

Además de este poema en *La sangre devota*, dice José Luis Martínez que dice Pedro de Alba, en “Zozobra” hay otros dedicados a Margarita: “Que sea para bien”, “La mancha de púrpura”, “Día 13”, “Despilfarras el tiempo”, “Tus dientes”, “La niña del retrato” y “La lágrima”. Veamos dos de ellos. El primero está escrito a partir de la fecha en que se conocieron. Como ya te dije y aquí lo verás, ese día ella iba vestida de negro.

Día 13

Mi corazón retrógrado
ama desde hoy la temerosa fecha
en que surgiste con aquel vestido
de luto y aquel rostro de ebriedad.

Día 13 en que el filo de tu rostro
llevaba la embriaguez como un relámpago
y en que tus lúgubres arreos daban
una luz que cegaba al sol de agosto,
así como se nubla el sol ficticio
en las decoraciones
de los Calvarios de los Viernes Santos.

Por enlutada y ebria simulaste,
en la superstición de aquel domingo,
una fúlgida cuenta de abalorio
humedecida en un licor letárgico.

¿En qué embriaguez bogaban tus pupilas
para que así pudiesen
narcotizarlo todo?

Tu tiniebla
guiaba mis latidos, cual guiaba
la columna de fuego al israelita.

Adivinaba mi acucioso espíritu
tus blancas y fulmíneas paradojas:
el centelleo de tus zapatillas,
la llamarada de tu falda lúgubre,
el látigo incisivo de tus cejas
y el negro luminar de tus cabellos.

Desde la fecha de superstición
en que colmaste el vaso de mi júbilo,
mi corazón oscurantista clama
a la buena bondad del mal agüero;
que si mi sal se riega, irán sus granos
trazando en el mantel tus iniciales;
y si estalla mi espejo en un gemido,
fenecerá diminutivamente
como la desinencia de tu nombre.

Superstición, consérvame el radioso
vértigo del minuto perdurable
en que su traje negro devoraba
la luz desprevenida del cenit,
y en que su falda lúgubre era un bólido
por un cielo de hollín sobrecogido...

Ca. 1917.

En el segundo poema hay un maravilloso despliegue de imágenes para alabar los dientes de Margarita:

son como un litoral, como una ola que revienta a lo largo de la playa, como un *Fiat Lux* —las palabras de Dios: *Hágase la luz*—, un congreso de granizos, las vetas que brillan en los muros de una mina, una reunión de estrellas, un trofeo... Que Margarita los cuide es tan importante como que un Papa retoque una encíclica. Bajo los silenciosos arcos de sus encías, un acueducto diminuto, uno podría besar esa boca hasta el fin de los tiempos. El final es un retorno a esa insistente asociación entre el erotismo y la muerte: como los dientes de Margarita algún día quedarán desnudos “en la mueca erizada del hostil esqueleto”, López Velarde los recoge en estos versos para hacerlos inmortales. La “docena de Tribus” se refiere a las doce tribus de Israel. El *numen* es la inspiración; *patricio*, es decir, sobresaliente por la estirpe y por las virtudes de Margarita.

Tus dientes

Tus dientes son el pulcro y nimio litoral
por donde acompasadas navegan las sonrisas,
graduándose en los tumbos de un parco festival.

Sonríes gradualmente, como sonrío el agua
del mar, en la rizada fila de la marea,
y totalmente, como la tentativa de
un *Fiat Lux* para la noche del mortal que te vea.

Tus dientes son así la más cara presea.

Cuédalos con esmero, porque en ese cuidado
hay una trascendencia igual a la de un Papa

que retoca su encíclica y pule su cayado.

Cuida tus dientes, cónclave de granizos, cortejo
de espumas, sempiterna bonanza de una mina,
senado de cumplidas minucias astronómicas,
y maná con que sacia su hambre y su retina
la docena de Tribus que en tu voz se fascina.

Tus dientes lograrían, en una rebelión,
servir de proyectiles zodiacales al déspota
y hacer de los discordes gritos, un orfeón;
del motín y la ira, inofensivos juegos,
y de los sublevados, una turba de ciegos.

Bajo las sigilosas arcadas de tu encía,
como en un acueducto infinitesimal,
pudiera dignamente el más digno mortal
apacentar sus crespas ansias... hasta que truene
la trompeta del ángel en el Juicio Final.

Porque la tierra traga todo pulcro amuleto
y tus dientes de ídolo han de quedarse mondos
en la mueca erizada del hostil esqueleto,
yo los recojo aquí, por su dibujo neto
y su numen patricio, para el pasmo y la gloria
de la humanidad giratoria.

Ca. 1917.

En cuanto a la presencia de Fuensanta, mira lo
que dice el poema que sigue, el que abre *Zozobra*. Es
el que marca el momento de la separación, de la
muerte de Josefa. Hay una alusión a su prolongada

enfermedad, y una mención directa de ese instante “en que los pies que amamos” pisan la barca que ha de llevarlos a la otra ribera, al mundo de los muertos. La desolación que sigue no puede estar dicha de manera más elocuente: el poeta es un paño de ánimas, el que cubre el ataúd en una misa de difuntos; es una nave de parroquia donde se celebran funerales que no pueden concluir porque la lluvia, “las cataratas enemigas”, no permite sacar a la calle el féretro; es un ciprés que se entristece en la huerta de un convento. La noche cuadragésima, la número cuarenta, la última del Diluvio.

Hoy como nunca

A Enrique González Martínez

Hoy, como nunca, me enamoras y me entristeces;
si queda en mí una lágrima, yo la excito a que lave
nuestras dos lobregueces.

Hoy, como nunca, urge que tu paz me presida;
pero ya tu garganta sólo es una sufrida
blancura, que se asfixia bajo toses y toses,
y toda tú una epístola de rasgos moribundos
colmada de dramáticos adioses.

Hoy, como nunca, es venerable tu esencia
y quebradizo el vaso de tu cuerpo,
y sólo puedes darme la exquisita dolencia
de un reloj de agonías, cuyo tic-tac nos marca

el minuto de hielo en que los pies que amamos
han de pisar el hielo de la fúnebre barca.

Yo estoy en la ribera y te miro embarcarte:
huyes por el río sordo, y en mi alma destilas
el clima de esas tardes de ventisca y de polvo
en las que doblan solas las esquilas.

Mi espíritu es un paño de ánimas, un paño
de ánimas de iglesia siempre menesterosa;
es un paño de ánimas goteado de cera,
hollado y roto por la grey astrosa.

No soy más que una nave de parroquia en penuria,
nave en que se celebran eternos funerales,
porque una lluvia terca no permite
sacar el ataúd a las calles rurales.

Fuera de mí, la lluvia; dentro de mí, el clamor
cavernoso y creciente de un salmista;
mi conciencia, mojada por el hisopo, es un
ciprés que en una huerta conventual se constrieta.

Ya mi lluvia es diluvio, y no miraré el rayo
del sol sobre mi arca, porque ha de quedar roto
mi corazón la noche cuadragésima;
no guardan mis pupilas ni un matiz remoto
de la lumbre solar que tostó mis espigas;
mi vida sólo es una prolongación de exequias
bajo las cataratas enemigas.

1917.

VII

NO CREAS QUE TODOS los amores de López Velarde tuvieron este cariz dramático. Aquí van dos ejemplos en que el tratamiento es bastante diferente. En el primero, no sabemos dirigido a quién, humorístico y no muy gentil: *hemisférica* está lejos de ser el más halagador de los cumplidos; aquella muchacha, según López Velarde, parecía una esfera. El *mes del rosario* es mayo, como sabes. El segundo cuenta el fin de su relación con la potosina María Magdalena Nevares. El *sulfato de cobre* es azul, y el verso lo hace el adjetivo *inusitado*, es decir, *inesperados*, *desacostumbrados*. Hay un toque nostálgico, cierta ternura y, también, sentido del humor: a final de cuentas lo que parece ser causa del fin del noviazgo es la proximidad con la estación de los ferrocarriles. El poeta va por las noches a platicar con la joven, al través de la reja de su ventana y, para terminar con las sospechas del gendarme, acaba por

hacerlo su confidente. No tiene empacho en confesar que “no tenía traza de una buena persona”, y tanto María como los perros *noctívagos*, que vivían de noche, lo pueden advertir.

Como las esferas...

Muchachita que eras
brevedad, redondez y color,
como las esferas
que en las rinconeras
de una sala ortodoxa mitigan su esplendor...

Muchachita hemisférica y algo triste
que tus lágrimas púberes me diste;
que en el mes del rosario
a mis ojos fingías
amapola diciendo avemarías
y que dejabas en mi idilio proletario
y en mi corbata indigente,
cual un aroma dúplice, tu ternura naciente
y tu catolicismo milenario...

En un día de báquicos desenfrenos,
me dicen que preguntas por mí; te evoco
tan pequeña, que puedes bañar tus plenos
encantos dentro de un poco
de licor, porque cabe tu estatua pía
en la última copa de la cristalería;
y revives redonda, castiza y breve
como las esferas

que en las rinconeras
del siglo diecinueve,
amortiguan su gala
verde o azul o carmesí,
y copian, en la curva que se parece a ti,
el inventario de la muerta sala.

Ca. 1917.

No me condenes

Yo tuve, en tierra adentro, una novia muy pobre:
ojos inusitados de sulfato de cobre.

Llamábase María, vivía en un suburbio,
y no hubo entre nosotros ni sombra de disturbio.

Acabamos de golpe; su domicilio estaba
contiguo a la estación de los ferrocarriles,
y ¿qué noviazgo puede ser duradero entre
campanadas centrífugas y silbatos febriles?

El reloj de su sala desgajaba las ocho;
era diciembre, y yo departía con ella
bajo la limpidez glacial de cada estrella.

El gendarme, remiso a mi intriga inocente,
hubo de ser, al fin, forzoso confidente.

María se mostraba incrédula y tristona:
yo no tenía traza de una buena persona.

¿Olvidarás acaso, corazón forastero,
el acierto nativo de aquella señorita
que oía y desoía tu pregón embustero?
Su desconfiar ingénito era ratificado

por los perros noctívagos, en cuya algarabía
reforzábase el duro presagio de María.

¡Perdón, María! Novia triste, no me condenes;
cuando oscile el quinqué y se abatan las ocho,
cuando el sillón te mezca, cuando ululen los trenes,
cuando trabes los dedos por detrás de tu nuca,
no me juzgues más pérfido que uno de los silbatos
que turban tu faena y tus recatos.

Diciembre de 1916.

VIII

LÓPEZ VELARDE SE SENTÍA abrumado por la decadencia de su tiempo, y porque ese deterioro, en su manifestación más violenta, gravitaba sobre la patria. Se trataba de una cuestión de fondo, un deterioro profundo, y lo examina a partir de una confrontación esencial: los *réprobos*, condenados al infierno, frente a los *bienaventurados*, los santos, los que alcanzan el cielo, igualmente mediocres.

El *trisaqio* es un himno en honor de la Santísima Trinidad; aquí la palabra tiene una profunda carga irónica, pues la trinidad que presenta el poeta está muy lejos de ser santísima. *Trascendencia* en el sentido en que *trascender* significa *oler*. “Mi apetito se desarma”, escribe López Velarde; ante la orfandad de esas jóvenes no puede desearlas y eso es grave. Porque Ramón, ese es el otro gran tema de su poesía, está dividido entre el espíritu y la carne, “la pugna que nos roe las

entrañas”. *Venustidades* es una palabra que ya conoces, porque ya apareció, pero vuelvo a decirte que significa *hermosuras* perfectas, como las de Venus. *Agnóstico* es alguien que no tiene ninguna idea de lo absoluto; al uso significa de moda. El *celo* de los muertos, es decir, su deseo. *Belcebú* es el demonio. El *rijo* es el deseo sexual.

Malos réprobos y peores bienaventurados

Peste, Hambre y Guerra... En el trisagio, palabras suplicatorias; en la provincia, calamidades que van dejando huérfanas a mis amigas. Las malas noticias han ido llegando, sucesivas y trágicas, como el desprendimiento de las hojas en la última semana de septiembre.

Huérfana la sal, es decir, aquella blanca, de cuerpo valiente y voz miedosa; huérfana la miel, es decir, aquella rubia, hija del Administrador de Rentas, muñeca nimia que departía conmigo cuando paseábamos por las huertas, en el síncope de la luz, bajo las ramas agobiadas de frutas y entre las campanadas agónicas, y que después me escribió una carta, con la letra romboidal de las alumnas del Sagrado Corazón; huérfana la cera, es decir, aquella paliducha que recortaba en papel de China mantelillos y servilletas; huérfana la granada, es decir, aquella encendida que, en una trascendencia a la vez poética e industrial, olía siempre a jabón de Reuter...

Ante la orfandad de la granada, de la cera, de la miel y de la sal, mi apetito se desarma, siquiera sea

perentoriamente, y mis codicias más urgentes podrían desfilas sin que cesase la casta invasión.

Remotas lágrimas expurgan mi deseo, y un dolor al que no asisto vuelve insípidas las más picantes venustidades. Todavía la desgracia ajena aniquila el ardor propio. Me abandono a la parvada luctuosa que, sobre sus alas de virginidad y de tortura, me repatría al paisaje inocente. Soy una malicia inerme que viaja sobre un plumaje mártir, por un firmamento de fe, hacia un panorama sin mancilla.

Los agnósticos al uso, los prácticos banales, los que Molière llamaba pequeños impertinentes, hallarán risible esta derrota de la lujuria por el sufrimiento. Yo la hallo, sencillamente, melancólica.

Anhelamos un placer incesante y nuestra voluntad claudica. En la incongruencia humana, la virtud degenera con los asomos del vicio y éste se reseca con el hálito de aquélla. Cuando doña Elvira se aparece a don Juan a excitarlo a arrepentimiento, el burlador comenta: “Ella ignora que mientras me habla de los suplicios eternos, yo descubro una seducción imprevista y un agrado nuevo en su aire lánguido, en su vestido despreocupado y en su llanto, que resucitan en mí el fuego extinguido”. ¿Cuál de nuestros espíritus fuertes es capaz de semejante impenitencia? ¿Cuál de ellos, imitando a Baudelaire, llamará cortesana incompleta a la que en su primera noche de cementerio no sabe provocar el celo de los muertos?

Confesémoslo: todas nuestras obras, las buenas y las malas, son miserables.

La moda, que ha inventado las capillas como calabazates y las masonerías como pantomimas, es el hazmerreír de San Pedro y de Belcebú.

Muerta la edad heroica a manos de los enciclopedistas, hoy las gentes apenas se salvan y apenas se condenan. El infierno echa de menos a los grandes réprobos y el paraíso suspira por los ilustres bienaventurados. Un contemporáneo del presidente Wilson (ora lea *Los misterios de Nueva York*, ora deje de leerlos) llegado al cielo hará que los justos se aparten de su insignificancia; y llegado al infierno, su inanidad le valdrá el desprecio de los pecadores indeficientes, que verán en él el desdoro de su libertinaje. Si rezamos a la moda, en una capilla de moda, guiados por un sacerdote de moda, justo es que nos salvemos fortuitamente.

Y si nuestro pecado no contraviene los reglamentos de policía y, en consecuencia, no mete en actividad al gendarme 2748, se explica que nos condenemos por casualidad. ¿Puede aspirar a otro destino una generación menguada y tibia? Leconte de Lisle puso en verso las ridículas bondades, y si publicásemos nuestra confesión sólo constarían en ella cómicos hurtos, glotonerías de sainete y sucias aberraciones. La maldad del hombre moderno extenderá el fastidio por el valle de Josafat, sin que el fastidio sea óbice y Belcebú comprendiendo que en sus dominios no

deben caer los que en romance liso y llano son unos pobres diablos, podría dar un toque de interés al bostezo del juicio universal solicitando que los réprobos de las últimas centurias no tuviesen otro castigo que la prosa de su pecado. Con ello se lograría que fueran precipitados en el vórtice del crujir de dientes únicamente los que no se cohibieran en él, y nadie haría papelones de afeminado tapándose las orejas y apretando los ojos ante la blasfemia, el llanto y la obscenidad eternos.

Hoy por hoy, quizá nuestra única grandeza moral consiste en la pugna que nos roe las entrañas. Somos polinomios cuyos términos discordes hierven sin tregua. Las potencias del alma y los sentidos corporales se baten y se neutralizan; y cuando triunfan las potencias, su triunfo encierra el sarcasmo de la infidelidad que prevalece sobre la fidelidad. El alma nunca nos es fiel: nos baja su dadiva como un capricho. Los sentidos siempre nos son fieles: ver, oír, oler, gustar y tocar son infinitivos que trotan en torno nuestro como lebreles adictos. Cuando los dispersa una potencia espiritual, sobreviene la desazón que nos causaría una mujer de rango que, al visitarnos, expulsase a los gatos, y a los caballos, y a todas las bestias leales de la casa. La adversidad es la dama despótica que mejor sabe ahuyentar a nuestros brutos.

Si con un afán sincrético, disputásemos sagrada la totalidad de la persona; si integrásemos el misticismo

de la vida con la carne; si apartando las papeletas oficiales de lo elevado y de lo rastrero, redujésemos las palpitations más disímiles a una sola palpitation inefable, seríamos entonces tan armoniosos, tan puros y tan resueltos que las lágrimas de la mujer deseada no nos aplacarían. De la misma suerte que un valle lacrimoso no nos apacigua el propósito de poseerla, y justamente la traza de llanto que recibe de la escarcha, de la lluvia o del rocío, nos incita con más agudo estilo.

¿Dejaremos de ser algún día animales incoherentes que se desgastan en alternativas penosas? Yo no lo espero seriamente. Lo prohibido y lo lícito ahogarán en la cuna al infante predestinado a arrebatarse con manos de fuego la cintura de la desgracia, y no descender de la nube de los amables desatinos la señora cuya mano, superlativamente espiritual y superlativamente ávida, acaricia el lomo del gato, el anca del corcel y el hocico del perro.

Uno de los episodios para mí más sugestivos de las costumbres campestres es el que realizan con desenfado mímico las señoritas principales al ofrecer en la palma de la mano terrones de azúcar a los belfos de los caballos. Mi simpatía, en un vuelo raudo, se dirige a las desmesuradas llanuras y a las cuerdas en que una caritativa doncella, con sombrero de paja y falda rameada de claveles, soporta los dientes, torpemente comidos, de un alazán o de un overo, al que da azúcar, con benevolencia y con apaño. Pero

reconozco, no sin pesadumbre, que el simbolismo de tal episodio es un desatino más. Prosigamos en la triste grandeza de la alternativa que nos roe las entrañas y saludemos con rendimiento al cordero y al gallo, ya que carecemos de la castidad del uno, encomiada por la Antigua y la Nueva Ley, y del rijo indefectible del otro, cuya mirada redonda, que se ribetea de una digna púrpura, vislumbra los hombros, acogedores y consoladores, de las huríes.

Vida Moderna, México, 12 de octubre de 1916.

IX

DICE JOSÉ GOROSTIZA QUE la patria fue “el descubrimiento más plausible de López Velarde, porque, teniéndola al alcance de la mano, nadie antes que él quiso enterarse de su existencia”. Otro gran filón de su poesía, como ya has visto y ahora confirmarás, es el desgarramiento entre el erotismo y la espiritualidad. Quiero insistir con dos poemas: en el primero López Velarde imagina que puede encontrar una mujer que lo siga en su dualidad, *barro para mi barro y azul para mi cielo*. El *Baco* es una pintura de Rubens. *Ludibrio* es burla: las bacantes se han divertido con él despeinándolo. Las *tocas* son los velos que aquí ocultan el rostro de la mujer enlutada. En el segundo expone sin reticencias el enfrentamiento entre espíritu y carne; entre Cristo y Mahoma; entre Ligia, la cristiana, y Zoraida, la de la *grupa bisiesta*, la de caderas opulentas. *El caldo de habas* es un platillo propio de la Cuaresma, opuesto aquí a la

sensualidad de las guayabas. *La Arabia Feliz*: el nombre proviene del que los geógrafos griegos y romanos le dieron al territorio de lo que ahora es Yemen; la Arabia del reino de Saba, del incienso y la mirra, de los placeres sensuales, opuesta al ascetismo de la Galilea de Cristo. El Profeta de Cabras es Mahoma.

Dejad que la alabe

¿Existirá? ¿Quién sabe!
Mi instinto la presiente;
dejad que yo la alabe
previamente.

Alerta al violín
del querubín
y susceptible al
manzano terrenal,
será a la vez risueña
y gemebunda,
como el agua profunda.

Su índice y su pulgar,
con una esbelta cruz,
esbelto persignar.

Diagonal de su busto,
cadena alternativa
de mirtos y de nardos,
mientras viva.

Si en el nardo canónico
o en el mirto me ofusco,

Ella adivinará
la flor que busco;
y, convicta e invicta,
esforzará su celo
en serme, llanamente,
barro para mi barro
y azul para mi cielo.
Próvida cual ciruela,
del profano compás
siempre ha de pedir más.

 Retojará en el césped,
cual las fieras del Baco
de Rubens;
y luego... la paloma
que baja de las nubes.

 Riéndose, solemne;
y quebrándose, indemne.

 Que me sea total
y parcial,
periférica y central;
y que al soltar mi mano
la antorcha de la vida,
con la antorcha caída
prenda fuego a mis lacios
cabellos, que han sido antes
ludibrio de las uñas
de las bacantes.

Que me rece con rezos abundantes
y con lágrimas pocas;
más negra de su alma
que de sus tocas.
Ca. 1917.

Treinta y tres

La edad del Cristo azul se me acongoja
porque Mahoma me sigue tiñendo
verde el espíritu y la carne roja,
y los talla, al beduino y a la hurí,
como una esmeralda en un rubí.

Yo querría gustar del caldo de habas,
mas en la infinidad de mi deseo
se suspenden las sílfides que veo
como en la conservera las guayabas.

La piedra pómez fuera mi amuleto,
pero mi humilde sino se contrista
porque mi boca se instala en secreto
en la feminidad del esqueleto
con un escrúpulo de diamantista.

Afluye la parábola y flamea
y gasto mis talentos en la lucha
de la Arabia Feliz con Galilea.

Me asfixia, en una dualidad funesta,
Ligia, la mártir de pestaña enhiesta,
y de Zoraida la grupa bisiesta.

Plenitud de cerebro y corazón;
oro en los dedos y en las sienas rosas;
y el Profeta de Cabras se perfila
más fuerte que los dioses y las diosas.

¡Oh, plenitud cordial y reflexiva:
regateas con Cristo las mercedes
de fruto y flor, y ni siquiera puedes
tu cadáver colgar de la impoluta
atmósfera imantada de una gruta!

1921.

Dice Bernardo Ortiz de Montellano que la sensibilidad de López Velarde era erótica y católica. Que vivía con el sobresalto de un niño sorprendido en el pecado. Que era a un mismo tiempo pagano y creyente; “religioso de los aspectos externos, sensuales, del catolicismo; ojos de acólito, azorado entre los riesgos furtivos de una ciudad de pasiones que atormentan su corazón intacto de provincia”.

Se ha llegado a decir, y no me parece mal, que López Velarde no era un hombre dividido, sino dos hombres que vivían en uno. ¿Cuál predomina? El que sucumbe a la carne. Si hubiera llegado a viejo, quizás habría subido el tono de su voz el otro, el devoto de Cristo y la Virgen, como tantas veces sucede. Pero eso nunca podremos saberlo, ya que murió en plena juventud. Por otra parte, él no quería llegar a viejo. Lo horrorizaba pensar que algún día lo abandonaría

la urgencia del sexo. Lo dijo muchas veces. Podrás verlo en el poema que sigue, donde el impulso hacia la carne encuentra una magnífica metáfora: las hormigas que corren por sus venas. *Una mujer sin letras ni antifaces*, una mujer sencilla, sin estudios y sin máscaras. ¿Qué acelera el paso de las hormigas? Los pechos de la mujer, la certeza del Infierno y de la muerte, el anuncio de un posible matrimonio. Pero un día sus hormigas lo abandonarán, y un día la boca de la mujer amada será la de un cadáver. La petición es sencilla y urgente: antes de que mis hormigas me abandonen, déjalas llegar a tu boca; antes de que tus labios mueran, dámelos como alimento, como veneno —*tósigo*— y como remedio —*cauterio*—. Aquí lo tienes.

Hormigas

A la cálida vida que transcurre canora
con garbo de mujer sin letras ni antifaces,
a la invicta belleza que salva y enamora,
responde, en la embriaguez de la encantada hora,
un encono de hormigas en mis venas voraces.

Fustigan el desmán del perenne hormigueo
el pozo del silencio y el enjambre del ruido,
la harina rebanada como doble trofeo
en los fértiles bustos, el Infierno en que creo,
el estertor final y el preludio del nido.

Mas luego mis hormigas me negarán su abrazo
y han de huir de mis pobres y trabajados dedos

cual se olvida en la arena un gélido bagazo;
y tu boca, que es cifra de eróticos denuedos,
tu boca, que es mi rúbrica, mi manjar y mi adorno,
tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo
como réproba llama saliéndose de un horno,
en una turbia fecha de cierzo gemebundo
en que ronde la luna porque robarte quiera,
ha de oler a sudario y a hierba machacada,
a droga y a responso, a pábilo y a cera.

Antes de que deserten mis hormigas, Amada,
déjalas caminar camino de tu boca
a que apuren los viáticos del sanguinario fruto
que desde sarracenos oasis me provoca.

Antes de que tus labios mueran, para mi luto,
dámelos en el crítico umbral del cementerio
como perfume y pan y tósigo y cauterio.

Ca. 1917.

X

LA POESÍA DE LÓPEZ VELARDE, dice Bernardo Ortiz de Montellano, está hecha de complejos y timideces. Busca expresarse con dignidad y se deleita en encontrar palabras selectas, adjetivos exactos y deslumbrantes. “Para expresar su Yo profundo, se anticipa a las nuevas expresiones de la poesía de América, alejándose de los caminos tradicionales.” Es un rebelde que lucha por desarrollarse con más sinceridad y libertad que sus antecesores, para penetrar a zonas de la conciencia que estos no distinguieron. Dentro del fenómeno social que significó la Revolución, López Velarde fue un revolucionario de la literatura. De su obra, junto con la de José Juan Tablada, surge la poesía mexicana del siglo **xx**, la poesía de nuestro tiempo.

Entre otros poemas donde puede verse esto, quiero mostrarte uno en que el poeta ensaya el verso libre y apunta hacia el prosaísmo. En la historia familiar,

en la historia del país, en otras revoluciones —aquí veremos una escena de la guerra de Reforma—, López Velarde encuentra nuevos motivos para fraguar su idea de la patria.

En los pozos se tenían peces y tortugas —para purificar el agua, se decía, y porque en ellas podía conocerse el futuro—. El poeta encuentra en sus antepasadas, *adorables señoras en que ardía la devoción católica y la brasa de Eros*, una razón genética para su afán de mezclar tierra y cielo. Un estrépito argentino es un *estrépito de plata*. El pozo sabía amar a una sola estrella, pero el poeta confiesa no haber sido capaz de aprender esa lección.

El viejo pozo

El viejo pozo de mi vieja casa
sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces
se clavaba de codos, buscando el vaticinio
de la tortuga, o bien el iris de los peces,
es un compendio de ilusión
y de históricas pequeñeces.

Ni tortuga, ni pez; sólo el venero
que mantiene su estrofa concéntrica en el agua
y que dio fe del ósculo primero
que por 1850 unió las bocas
de mi abuelo y mi abuela... ¡Recurso lisonjero
con que los generosos hados
dejan caer un galardón fragante encima de los
[desposados!

Besarse, en un remedo bíblico, junto al pozo,
y que la boca amada trascienda a fresco gozo
de manantial, y que el amor se profundice,
en la pareja que lo siente,
como el hondo venero providente...

En la pupila líquida del pozo
espejábanse, en años remotos, los claveles
de una maceta; más la arquitectura
ágil de las cabezas de dos o tres corceles,
prófugos del corral; más la rama encorvada
de un durazno; y en época de mayor lejanía
también se retrataban en el pozo
aquellas adorables señoras en que ardía
la devoción católica y la brasa de Eros;
suaves antepasadas, cuyo pecho lucía
descotado, y que iban, con tiesura y remilgo,
a entrecerrar los ojos a un palco a la zarzuela,
con peinados de torre y con vertiginosas
peinetas de carey. Del teatro a la Vela
Perpetua, ya muy lisas y muy arrebuajadas
en la negrura de sus mantos.
Evoco, todo trémulo, a estas antepasadas
porque heredé de ellas el afán temerario
de mezclar tierra y cielo, afán que me ha metido
en tan graves aprietos en el confesionario.

En una mala noche de saqueo y de política
que los beligerantes tuvieron como norma
equivocar la fe con la rapiña, al grito

de “¡Religión y Fueros!” y “¡Viva la Reforma!”,
una de mis geniales tías,
que tenía sus ideas prácticas sobre aquellas
intempestivas griterías,
y que en aquella lucha no siguió otro partido
que el de cuidar los cortos ahorros de mi abuelo,
tomó cuatro talegas y con un decidido
brazo las arrojó en el pozo, perturbando
la expectación de la hora ingrata
con un estrépito de plata.

Hoy cuentan que mi tía se aparece a las once
y que, cumpliendo su destino
de tesorera fiel, arroja sus talegas
con un ahogado estrépito argentino.

Las paredes del pozo, con un tapiz de lama
y con un centelleo de gotas cristalinas,
eran como el camino de esperanza en que todos
hemos llorado un poco... Y aquellas peregrinas
veladas de mayo y de junio
mostráronme del pozo el secreto de amor:
preguntaba el durazno: “¿Quién es Ella?”,
y el pozo, que todo lo copiaba, respondía
no copiando más que una sola estrella.

El pozo me quería senilmente; aquel pozo
abundaba en lecciones de fortaleza, de alta
discreción, y de plenitud...
Pero hoy, que su enseñanza de otros tiempos me falta,
comprendo que fui apenas un alumno vulgar

con aquel taciturno catedrático,
porque en mi diario empeño no he podido lograr
hacerme abismo y que la estrella amada,
al asomarse a mí, pierda pisada.

Ca. 1917.

Nunca encontró el poeta esa mujer que fuera
barro para mi barro y azul para mi cielo. Tal vez no
quiso encontrarla.

Nuestras vidas son péndulos

¿Dónde estará la niña
que en aquel lugarejo
una noche de baile
me habló de sus deseos
de viajar, y me dijo
su tedio?

Gemía el vals por ella,
y ella era un boceto
lánguido: unos pendientes
de ámbar, y un jazmín
en el pelo.

Gemían los violines
en el torpe quinteto...
E ignoraba la niña
que al quejarse de tedio
conmigo, se quejaba
con un péndulo.

Niña que me dijiste
en aquel lugarejo
una noche de baile
confidencias de tedio:
dondequiera que exhales
tu suspiro discreto,
nuestras vidas son péndulos...

Dos péndulos distantes
que oscilan paralelos
en una misma bruma
de invierno.

Ca. 1915.

Que no se atreviera realmente a buscarla tal vez es resultado de que para López Velarde tener un hijo no era una idea soportable. Lo dijo con claridad absoluta, en una de sus prosas más directas. El símbolo del infinito es como un ocho acostado, y esa es la figura que el tigre repite en la jaula interminablemente.

Obra maestra

El tigre medirá un metro. Su jaula tendrá algo más de un metro cuadrado. La fiera no se da punto de reposo. Judío errante sobre sí mismo, describe el signo del infinito con tal maquinal fatalidad, que su cola, a fuerza de golpear contra los barrotes, sangra de un solo sitio.

El soltero es el tigre que escribe ochos en el piso de la soledad. No retrocede ni avanza.

Para avanzar, necesita ser padre. Y la paternidad asusta porque sus responsabilidades son eternas.

Con un hijo, yo perdería la paz para siempre. No es que yo quiera dirimir esta cuestión con orgullos o necias pretensiones. ¿Quién enmendará la plana de la fecundidad? Al tomar el lápiz me ha hecho temblar el riesgo del sacrilegio, por más que mis conclusiones se derivan, precisamente, de lo que en mí pueda haber de clemencia, de justicia, de vocación al ideal y hasta de cobardía.

Espero que mi humildad no sea ficticia, como no lo es mi miedo al dar a la vida un solo calificativo: el de formidable.

En acatamiento a la bondad que lucha con el mal, quisiera ponerme de rodillas para seguir trazando estos renglones temerarios. Dentro de mi temperamento, echar a rodar nuevos corazones sólo se concibe por una fe continua y sin sombras o por un amor extremo.

Somos reyes, porque con las tijeras previas de la noble sinceridad podemos salvar de la pesadilla terrestre a los millones de hombres que cuelgan de un beso. La ley de la vida diaria parece ley de mendicidad y de asfixia; pero el albedrío de negar la vida es casi divino.

Quizá mientras me recreo con tamaña potestad, reflexiona en mí la mujer destinada a darme el hijo que valga más que yo. A las señoritas les es concedido

de lo Alto repetir, sin irreverencia, las palabras de la Señora Única: “He aquí la esclava”... Y mi voluntad, en definitiva, capitula a un golpe de pestaña.

Pero mi hijo negativo lleva tiempo de existir. Existe en la gloria trascendental de que ni sus hombros ni su frente se agobien con las pesas del horror, de la santidad, de la belleza y del asco. Aunque es inferior a los vertebrados, en cuanto que carece de la dignidad del sufrimiento, vive dentro del mío como el ángel absoluto, prójimo de la especie humana. Hecho de rectitud, de angustia, de intransigencia, de furor de gozar y de abnegación, el hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra.

López Velarde publicó, como ya sabes, dos libros de poemas: *La sangre devota*, en 1916, y *Zozobra*, en 1919. Después de su muerte, ocurrida en 1921, aparecieron otros: en 1923, preparado por Enrique Fernández Ledesma, *El minuterio*, un libro de prosas; en 1931, editado por el Bloque de Obreros Intelectuales, *El son del corazón*, con poemas, y en 1952, *El don de febrero y otras crónicas*, recopilado por Elena Molina Ortega, quien ese mismo año publicó además un estudio biográfico y un tercer volumen titulado *Poesías, cartas, documentos e iconografía*. Emmanuel Carballo, Carlos Villegas, Luis Noyola Vázquez y Antonio Castro Leal prosiguieron con la tarea de recoger los textos del poeta dispersos en la prensa o encontrados entre sus papeles. A estos

trabajos se sumaron numerosas antologías y un número creciente de estudios y ensayos sobre su vida y su obra. En 1953, Molina Ortega publicó un volumen de *Prosa política*. Estos trabajos hicieron posible que en 1971 José Luis Martínez publicara sus *Obras*, ampliadas, para llegar a más de novecientas páginas, en su segunda edición, de 1990. Ahí está todo López Velarde.

El primero en reconocer que “La suave patria” es una de las poesías más importantes de López Velarde fue José Juan Tablada. El 1 de agosto de 1921, en papel con membrete de su Librería de Latinos, en 118 East 28th. Street, Tablada escribió desde Nueva York al poeta Rafael López. Cito para ti un fragmento de su carta:

Por más que las hecatombes que han asolado a nuestra patria y al mundo nos hayan familiarizado con la muerte, en este caso la desgracia sobrepasó toda previsión. Yo siempre imaginé a Ramón sobreviviendo, fuerte, longevo, patriarcal, lleno de sabiduría y de progenie en una casona de su provincia amada. Y su desaparición me ha consternado. Cuando vuelva a México y no lo vea, voy a sentir como si en el lugar de la Alameda encontrara un gran socavón! [...] Su *Suave patria* no sólo me conmovió como obra maestra, sino como una reliquia que llevara el sudor de su agonía. ¡Qué manera única de ahogar la retórica en el corazón de la epopeya! ¡Qué clarividencia doble, de moribundo y de gran poeta! Tiene el ritmo de sus

últimos pasos sobre la Tierra... [...] eso es hacer Patria inmortal y eterna.

Hemos llegado, finalmente, al paraíso recobrado. Aquí tienes de nuevo “La Suave patria”. Como te dije antes, ahora vas a sentirla y a entenderla de una manera diferente. Ahora sabes qué hay detrás de esta gran obra.

Ahora es, también, momento propicio para recordar que no tenemos patria más entrañable que nuestra lengua; López Velarde, con su obra, la hizo más rica y más nuestra.

Espero que nuestro recorrido te lleve a leer las obras de López Velarde. Lo que ahora hemos hecho es apenas comenzar a conocerlo. Hay mucho más en sus versos y en su prosa, ya lo verás. Seguramente también querrás leer lo que otros han dicho sobre él. Los ensayos de todos los autores aquí citados están en un libro preparado por un historiador y crítico de nuestra literatura absolutamente excepcional, Emmanuel Carballo. El libro se titula *Visiones y versiones. López Velarde y sus críticos, 1914-1987*. Junto con más de doce, lo publiqué yo desde la extinta Dirección de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) en 1988, cuando se cumplieron cien años del nacimiento del poeta —en el mundo de los libros el mérito más alto es el de los autores, ni duda cabe; pero algún valor debe reconocerse en la obra de los editores, ¿no crees?—. Asomarte a ellos te convencerá de que, como dice José

Luis Martínez, “por cualquier camino que lleguemos a ella, en México coincidimos, caso excepcional en este país de inconformes, en el gusto por la poesía y la prosa de Ramón López Velarde”.

Basta de divagaciones. Aquí está de vuelta, para terminar donde comenzamos, “La suave patria”.

La suave patria

Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy la voz a la mitad del foro,
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:
la patria es impecable y diamantina.

Suave patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.
Sobre tu capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa

el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera,
suave patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,
que en tu lengua de amor prueben de ti
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el Viático,
y al fin derrumba las madererías
de Dios sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco

y la hora actual con su vientre de coco,
y oigo en el brinco de tu ida y venida,
oh trueno, la ruleta de mi vida.

Intermedio

Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de responsos llena el victorial
zócalo de ceniza de tus plantas.

No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio:
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, el azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

Segundo acto

Suave patria: tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío;
tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

Suave patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti, mientras una mexicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país del aroma del estreno.

Como la sota moza, patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,
un higo San Felipe de Jesús.

Suave patria, vendedora de chía:
quiero raptarte en la cuaresma opaca,

sobre un garañón, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta
en una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta
dentro de ti el cadáver hecho poma
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja
desde el vergel de tu peinado denso
frescura de rebozo y de tinaja,
y si tiritito, dejas que me arroje
en tu respiración azul de incienso
y en tus carnosos labios de rompopo.

Por tu balcón de palmas bendecidas
el Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, con el bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el Ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz; la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono
a la intemperie, cual una sonaja:
la carreta alegórica de paja.

24 de abril de 1921.

Nota bibliográfica

PARA LOS LECTORES QUE se han interesado en los libros de Ramón López Velarde y de su poesía, a lo largo de este ensayo he mencionado a una serie de autores que se han ocupado de la obra y la vida de López Velarde. Pero después, han aparecido diversas obras especialmente importantes que vale la pena leer, entre ellas, Alberto Paredes. *El arte de la queja: la prosa literaria de Ramón López Velarde*. México: Aldus, 1995; Ernesto Lumbreras. *López Velarde en la Ciudad de México*; Guillermo Sheridan. *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde y otros ensayos afines*. México: Tusquets, 2002 y Fernando Fernández. *Ni sombra de disturbio: ensayos sobre Ramón López Velarde*. México: Auieo Ediciones: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 2014.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

Abogado General

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria

Secretario Administrativo

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

Secretaria de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Secretario de Prevención,

Atención y Seguridad Universitaria

Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Gonzalo Celorio

Director

Alejandro Higashi

Coordinador Académico del Gabinete Editorial

Agustín Herrera

Coordinador Editorial

Felipe Garrido

Asesor Académico del Gabinete Editorial



COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

Secretaria General

Lic. Rocío Carrillo Camargo

Secretaria Administrativa

Lic. María Elena Juárez Sánchez

Secretaria Académica

Biól. David Castillo Muñoz

Secretario de Servicios de Apoyo al Aprendizaje

Mtra. Dulce María E. Santillán Reyes

Secretaria de Planeación

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo

Secretario Estudiantil

Mtra. Gema Góngora Jaramillo

Secretaria de Programas Institucionales

Lic. Héctor Baca Espinoza

Secretario de Comunicación Institucional

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

Secretario de Informática

Títulos de la Colección
La Academia para Jóvenes

Mauricio Beuchot,
Elementos de filosofía

Adolfo Castañón,
Leyendas mexicanas de Rubén Darío

Ruy Pérez Tamayo,
Cómo acercarse a la ciencia

Felipe Garrido,
Inteligencias, lenguaje y literatura

Javier Garciadiego,
El Estado Moderno y la Revolución Mexicana (1910-1920)

Vicente Quirarte,
Fantasma bajo la luz eléctrica

Julieta Fierro,
Los retos de la astronomía

Gonzalo Celorio,
DF-CDMX. Marca registrada

Margo Glantz,
A los dieciséis

Fernando Serrano,
Derechos de autor

Jaime Labastida,
Lección de poesía

David Noria,
Nuestra lengua. Ensayo sobre la historia del español

Felipe Garrido,
Novedad de la patria

Carlos Prieto,
La música clásica. Algunos conceptos fundamentales, notas históricas y breves apuntes autobiográficos

Rodrigo Martínez Baracs,
El maestro Miguel León-Portilla

Adolfo Castañón,
Fuga a tres voces: José Luis Martínez, Alí Chumacero, Juan José Arreola

Silvia Molina,
Leyendo en la tortuga (recopilación)

Novedad de la patria de Felipe
Garrido, un título de la colección
La Academia para Jóvenes, del Colegio
de Ciencias y Humanidades de la **UNAM**, se
terminó de imprimir el 18 de marzo de 2022 en los
talleres de la Imprenta del Colegio de Ciencias y Huma-
nidades, Monrovia núm. 1002, colonia, Portales Sur, **CP**
03300, Alcaldía Benito Juárez, **CDMX**. La edición consta de
1,500 ejemplares con impresión offset sobre papel bond
ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sul-
fatada de 12 pts. para los forros. En su composición se
utilizó la familia Joanna **MT STD**. La formación estuvo
a cargo de Xanat Morales Gutiérrez. El cuidado
de la edición estuvo a cargo de Keshava R.
Quintanar Cano, Mildred Meléndez,
y el autor.